

LECTURAS

ESTA NO
TECA N
CHI
CIONCOS Y
SECO ADONAS
P
CHILENOS,
ARIO, P
REVISTAS

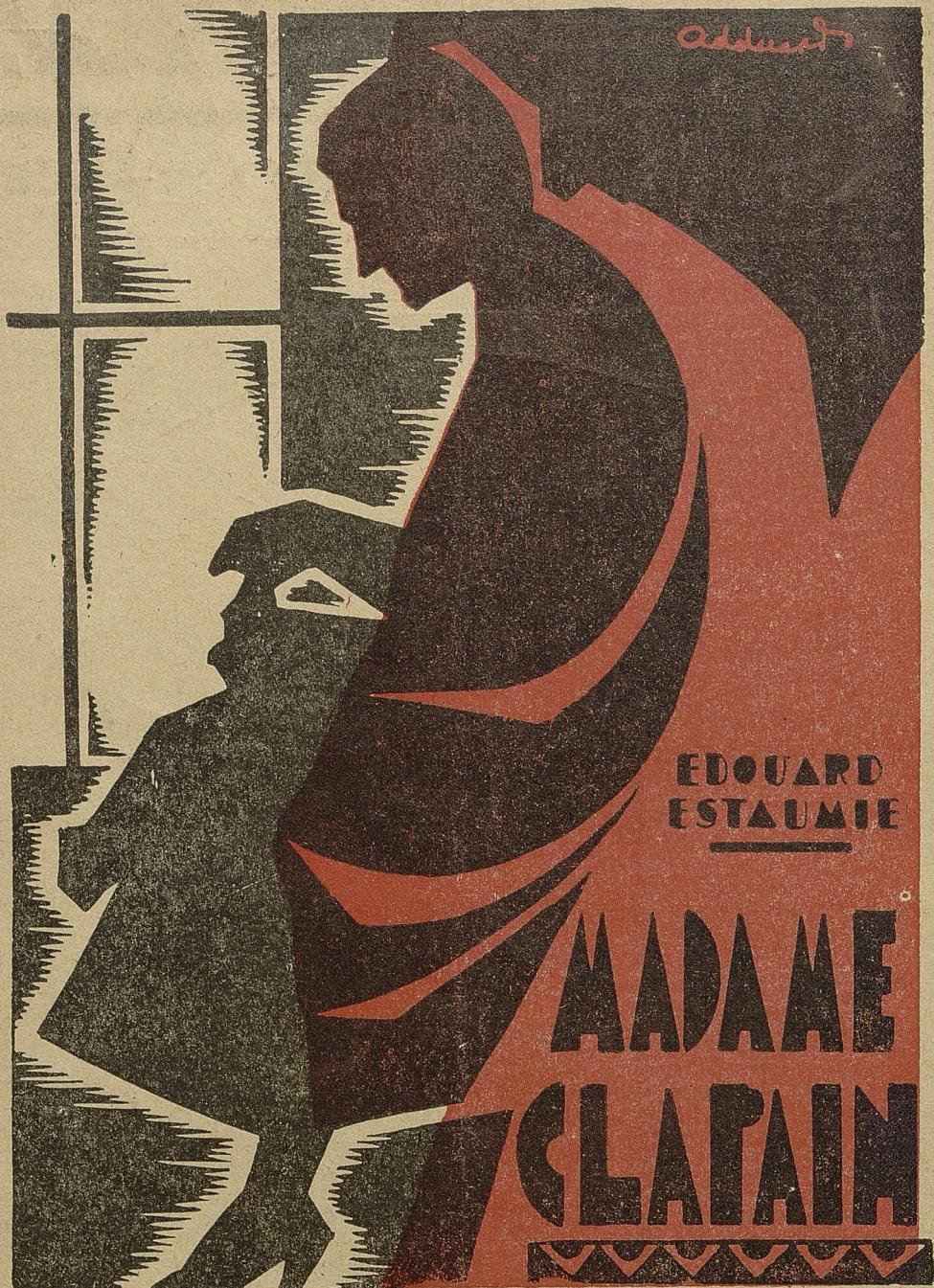


Honorio

Nº 14

NOVELA SENSACIONAL, MARAVILLOSA,

con Prólogo de don CARLOS SILVA VILDÓSOLA



PRECIO: \$ 4.-

EDITADA POR EMPRESA LETRAS
SE VENDE EN LIBRERIAS, PUESTOS DE REVISTAS
— Y EN LAS OFICINAS DE LA EDITORIAL. —

HUERFANOS 1041 — CASILLA 3327
TELEFONO 82028 -- SANTIAGO

AÑO I. N.º 14
Santiago, 23 de marzo de 1933
EMPRESA LETRAS

LECTURAS

PROXIMO NUMERO:
JUEVES 30 DE
MARZO DE 1933



LA VERDAD

Cuento por
A. HERNANDEZ CATA



LAS PESTAÑAS
EMPALMADAS
por
RAMON GOMEZ DE
LA SERNA



EL AMOR EN
LAS SELVAS AMAZONICAS
por
ROSA ARCINIEGAS



Novela corta:

¡AQUI NO SUCEDE NADA!
por
A. J. CRONIN

Novela de corte modernísimo,
impetuosa y extraordinaria-
mente vívida. Las existencias
que se agrupan alrededor de
una sala y la mesa de ope-
raciones de un hospital.

TENEMOS PARA LEER

CUENTOS:

EL DOLOR DE ARAUCO, Cuento Nacional,
por Joaquín Díaz Garcés.—MI SEÑOR, EL NIÑO,
por Rabindranath Tagore. — LA VIUDEZ DEL
MAYOR MAC-KINTOSH, por Helen T. Fowler.

NOVELA:

EL SALVAJE (Fin), por José María Souvirón.

ARTICULOS:

EL PUERTO EN LA NOCHE (Visiones por-
teñas), por Luis Roberto Boza. — CARTA DE
MAHATMA GANDHI A UN REVOLUCIONA-
RIO.—Retrato de un Artista: ERNEST ANSER-
MENT, por Pablo Garrido.—CARTA A UNA MU-
JER DE 45 AÑOS QUE TIENE MIEDO A LA
MUERTE, por G. Martínez Sierra.—MAC-OR-
LAN, EL NOVELISTA Y EL HOMBRE QUE
TOCA EL ACORDEON, por Federico Lefevre.

POESIA: (Poetas del Perú).

Dos Poemas: BARCOS, LA RULETA, por Ale-
jandro Manco Campos.

VARIEDADES:

VIAJES Y LATITUDES.—LA JOVEN PIN-
TURA ESPAÑOLA.—ILUSTRACIONES.—CRI-
TICA.—BIBLIOGRAFIA.

Revista semanal de literatura. — Aparece los jueves

Subscripciones: Anual (52 N.os), \$ 43

Semestral (26 N.os), \$ 23

Trimestral (13 N.os), \$ 12

Editada por
“EMPRESA LETRAS”

Huérfanos 1041 - Casilla 3327 - Teléfono 82028

Santiago de Chile.

Directora: Amanda Labarca H.

Secretario de Redacción: Luis E. Dílano.

Algunos de los que escriben en este número

JOAQUIN DIAZ GARCES

Pocas figuras ha tenido el periodismo chileno tan altas y profundas, tan vastas y tan interesantes como la de Joaquín Díaz Garcés. Durante muchos años fué redactor de "El Mercurio". Firmaba sus artículos con el pseudónimo de Angel Pino y eran estos verdaderas piezas llenas de vida, de color, de gracia y de movimiento. Fué Director de este diario, tarea que abandonó en 1920.



Joaquín Díaz Garcés

Su obra literaria es también valiosísima. Escribió numerosos cuentos, que se publicaron en "Pacífico Magazine" y otras revistas de su tiempo. Entre los relatos chilenos más hermosos de Díaz Garcés figura "El Dolor de Arauco", que reproducimos hoy.

Publicó una novela, "La voz del torrente", que alcanzó gruesa circulación, y una recopilación de sus mejores artículos, denominada "Páginas Chilenas".

Joaquín Díaz murió en 1921, perdiéndose con él un valor bien definido de las letras chilenas.

ALEJANDRO MANCO CAMPOS

En las letras latino-americanas no es desconocido este joven poeta y escritor peruano. Su colaboración ha aparecido constantemente en el "Repertorio Americano", "Argos", "Nueva Revista Peruana", etc. Es un espíritu dilecto que sabe aprisionar la belleza de la naturaleza y los conflictos dolorosos de la vida en un verso de estilo nuevo y sonoro. En sus poemas se siente el frescor de los platanares, la danza de los cocoteros y el torrente de brisas que canta en los pinares. El Perú tiene en Manco Campos uno de sus positivos valores literarios.

LUIS ROBERTO BOZA

Ampliamente conocida la personalidad de este escritor porteño, que durante muchos años ha trabajado en silencio, retirado de todo círculo. Su último libro "Los aparecidos", ha alcanzado el justo éxito que le corresponde entre el público y la crítica, que ha saludado en Boza a un verdadero psicólogo de la novela chilena.

Sus temas son simples, sencillos. Hombres y mujeres que nada tienen de extraordinario, pero que son profundamente humanos. Es esta humanidad la que Boza extiende en sus páginas, la que describe con un estilo claro y bello y con una fuerza poco corriente en los escritores chilenos.

FEDERICO LEFEVRE

Entre los periodistas franceses de mayor renombre figura Lefevre, cuyas crónicas se disputan los principales diarios y revistas de su país.

Pero el terreno donde Lefevre pisa con mayor seguridad es el de las entrevistas. Con ellas ha obtenido grandes éxitos. No hay escritor, músico, artista en general que no haya revelado todo lo que es posible revelar, a Lefevre, para sus célebres "Une heure avec . . .".

Lefevre ha publicado ya varios volúmenes que reúnen estas entrevistas. De uno de ellos hemos traducido estas conversaciones con Pierre Mac-Orlan, el gran novelista francés, que estamos seguros, dejarán en los lectores de esta revista una agradable impresión.

RAICHARAN tenía doce años cuando entró a servir en casa de su amo. Pertenecía a la misma casta que él, y por esta razón se le confió el cuidado del niño.

Pasado el tiempo, el niño abandonó los brazos de Raicharan y fué a la escuela; de la escuela pasó a la Universidad, y de la Universidad a la carrera judicial. Pero siempre, hasta que se casó, Raicharan fué su servidor único.

Vino a la casa un ama, y Raicharan se encontró con dos señoras. Y toda su anterior influencia sobre el amo pasó a la nueva ama. Pero Raicharan tuvo una compensación con un nuevo amito.

Anukul fué padre, y Raicharan consiguió hacerse querer del niño, gracias a sus cuidados y a sus caricias. Lo balanceaba en el aire; bailoteaba con él; le hablaba en el lenguaje absurdo de los pequeñuelos, ponía su cara en la cara del niño, para separarla en seguida, y reía, reía con risa burda, haciendo sonreír a su amito.

El niño supo gatear, y, gateando, se asomaba a la puerta de la casa, y si Raicharan intentaba cogerlo, reía traviesamente, huyendo de él. Raicharan se asombraba de la habilidad suma y de la inteligencia extraordinaria que iba demostrando el niño.

Y solía decir a su señora, con una mirada recogida y misteriosa:

—Tu hijo será juez algún día.

Los primeros pasos del niño señalaron para Raicharan una época en la historia humana. Cuando llamó pa-pá a su padre, ma-má a su madre y cha-na a él, su arrobo no tuvo límites y pregónó el suceso a los cuatro vientos.

Más tarde necesitó agudizar su ingenio. Tenía, por ejemplo, que hacer de caballo, ponerse las riendas entre los dientes y dar cabriolas... O bien fingir que se peleaba con el niño. Y si no se las arreglaba, con maña de luchador, para caer de espaldas, derrotado, al final de la lucha, era seguro el escándalo.

Por entonces, Anukul fué trasladado a un distrito que estaba a orillas del Padma. Al pasar por Calcuta compró a su hijo un nadador, un corpiño de raso amarillo, un gorro bordado en oro y brazaletes y ajorcias de oro también.

Y Raicharan lo adornaba con todo esto cuando iban a salir de paseo, con orgullo

MÍ SEÑOR EL NIÑO

POR
TAGORE

verdaderamente ceremonioso.

Vino la época de las lluvias, y día tras día cayó el agua a torrentes. El río, como una serpiente gigantesca, se tragaba insaciable terrenos, aldeas y maizales, ahogando las más altas plantas y las casuchas de los arenales. De vez en vez, un ruido profundo y

sordo anunciaba que se habían hundido por alguna parte las márgenes del río.

El rugir incesante del agua engrosada se oía desde muy lejos, y las masas de espuma que pasaban veloces decían a los ojos lo impetuoso de la corriente.

Una tarde aclaró un poco. El cielo estaba nublado, pero fresco y alegre. Y el pequeño despota de Raicharan no se resignaba a estarse encerrado.

Se metió su señoría en las andaderas, y Raicharan, poniéndose entre las lanzas del tiro, lo fué llevando despacito hasta los arrozales de la orilla del Padma.

Por los campos no había nadie, ni barco alguno en el agua. En la otra parte del río, las nubes estaban como rotas en el ocaso, y el silencioso rito del sol poniente se manifestaba en todo su ardoroso esplendor.

En medio de aquella inmensa quietud, el niño, de repente, señaló con un dedito, mientras gritaba:

—Channa, pesiosa fó...

Cerca había un árbol de Kadamba, todo florido. El niño lo miraba con ojos codiciosos, que Raicharan sabía bien lo que decían.

Tiempo atrás le había hecho, con racimos de flores iguales a aquellos, un carrito, y esto le produjo tal alegría, que durante muchas horas estuvo arrastrándolo, tirando de una cuerda. Raicharan no tuvo que ponerse las bridas de las andaderas, y fué, en vez de alazán, lacayo.

Pero aquella tarde no tenía ganas de meterse en el fango hasta las rodillas para coger las flores. Por esta razón exclamó, señalando en sentido contrario:

—¡Ay! ¡Mira, qué pajarillo va por allí!...

Y arrastró rápidamente las andaderas, alejándose del árbol.

Pero a un niño destinado a ser juez no se le puede engañar fácilmente. Además, nada había, en realidad, que pudiera distraerle, y la mentira no pudo sostenerse por largo tiempo.

El amito era voluntarioso, y Raicharan,

viendo que no podía convencerle, se dispuso a satisfacer aquel deseo.

—Bien — le dijo. — Estate quietecito aquí, en el andador, que yo voy por esas flores. Pero ten cuidado; no te vayas a acercar al agua.

Desnudándose las piernas, se metió por el fangal, camino del árbol.

Apenas se fué Raicharan, el niño salió a todo correr hacia el agua prohibida. Desde lejos contempló su corriente, que corría fragorosa, levantando montañas de espuma. Parecía como si las ondinas, desobedientes, fueran huendo también de algún Raicharan más grande, huyendo con la risa de mil niños... Y ante el espectáculo de la travesura, el corazón del niñito humano se sintió inquieto y ansioso.

Bajó cautelosamente de las andaderas, y se fué, con torpe andar, hacia el río. Ya en la orilla, con un palo jugó a pescar... Las traviesas hadas del río le invitaban con sus voces misteriosas a que entrara en su casa de juguetes...

■ Raicharan, con un manojo de flores en su delantal, volvía todo sonriente. Llegó a las andaderas, y al no ver al niño, miró en todas direcciones. No había un alma. Volvió a mirar a las andaderas; nada.

En aquel primer momento terrible la sangre se le heló en las venas. El mundo todo giraba ante sus ojos como una niebla obscura. De lo más hondo de su corazón roto, llamó con voz lastimera:

—¡Amo! ¡Amo! ¡Amito!...

Nadie le contestó ¡Channa!... Ningún niño se rió travieso a sus espaldas. Ningún grito de infantil alegría le acogió a su vuelta.

Sólo el río seguía corriendo, ruidoso y dilatado, como antes, indiferente a un acontecimiento humano tan insignificante como la muerte de un niño...

Anochecía, y el alma de Anukul estaba desasosegada. Mandó hombres en busca del niño y del criado. Provisto de linternas, llegaron a las orillas del Padma. Allí encontraron a Raicharan corriendo, enloquecido, por los campos, como un vendaval, y gritando desesperadamente:

—¡Amo! ¡Amo! ¡Amito!

Cuando, al fin, pudieron conducirlo a la

casa, cayó a los pies de su señora. Lo sacudían, preguntándole por el niño; pero sólo pudo contestar que no sabía nada.

Aunque en todos vivía el pensamiento de que el Padma se había llevado al niño, una duda quedó rondando en las frentes. Aquella tarde había sido vista por los alrededores una cuadrilla de gitanos; se sospechaba de ellos. La madre llegó, en la locura de su dolor, a creer que el mismo Raicharan había secuestrodo el niño.

Le llevó aparte, diciéndole en súplica desgaradora:

—¡Raicharan, dame mi niño! ¡Devuélveme mi niño! Yo te daré todo el dinero que tú quieras; ¡pero devuélveme a mi niño!...

Raicharan, por toda respuesta, se daba golpes en la frente.

Su ama lo echó de la casa.

Anukul intentaba convencerla de que su sospecha era completamente injusta:

—¿Qué en el mundo iba a hacerle cometer un crimen semejante?

La madre decía:

—¿Quién sabe? ¡El niño llevaba joyas de oro!

Y no era posible hacerla razonar.

■ Raicharan volvió a su aldea. No había tenido hijos ni le quedaban esperanzas de tenerlos; pero sucedió que antes de un año su mujer dio a luz un niño y murió.

Un resentimiento avasallador crecía en el corazón de Raicharan ante el niño nuevo. Allá, en el fondo de su pensamiento, una amarga sospecha le decía que este niño había venido a usurpar el lugar del amito. Pensaba también que sería grave ofensa ser feliz con un hijo propio después de lo ocurrido con el de su amo. Si no hubiera sido por una hermana suya, viuda, que acogió como una madre al recién nacido, no hubiera vivido éste mucho tiempo.

Pero poco a poco fué cambiando Raicharan de pensamiento.

Ocurrió una cosa maravillosa. El niño empezó a gatear de un lado para otro y a pasar el umbral de la casa con gesto travieso. También demostró una inventiva regocijante, escondiéndose en los sitios más seguros. Su voz, los tonos de su risa y de su llanto; sus gestos, todo, eran iguales a los del amito. A veces, cuando Raicharan le oía llorar, el corazón le golpeaba locamente contra las costillas, pareciéndole que su antiguo amito lloraba, en alguna parte de la tierra ignorada de la muerte, porque se había quedado sin su Channa.

Phailna — que éste era el nombre que la

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

hermana de Raicharan dió al niño — empezó pronto a hablar, y aprendió a decir "pa-pá" y "ma-má" con voz torpe.

Cuando Raicharan oyó estas palabras familiares, el misterio se le aclaró repentinamente. Su amito no había podido librarse del hechizo de su Channa, y renacía en su propia casa.

Las razones que Raicharan se daba en favor de esta idea eran concluyentes. Primero, el niño nuevo nació poco después de la muerte de su amito. Segundo, su mujer no era posible que hubiese contraído méritos suficientes para dar a luz un hijo en una edad ya marchita. Tercero, el niño nuevo andaba torpemente, y gritaba "pa-pá" y "ma-má".

¿Qué otra señal era necesaria para indicar que era el futuro juez?

Entonces Raicharan recordó de repente

la terrible acusación de la madre:

—Sí — se dijo atónito; — a la madre, no le engañaba el corazón. Ella sabía bien que yo había robado el niño.

Al llegar a este punto le entró un gran remordimiento por su pasada negligencia, y se entregó en cuerpo y alma al recién nacido, convirtiéndose en su abnegado servidor.

Empezó a criarlo como si fuese un hijo de un rico: le compró unas andaderas, un corpín de raso amarillo y un gorro bordado en oro; fundió el oro de las alhajas de su mujer y le hizo brazaletes y ajorcas... No dejaba que el niño jugase con los otros chiquillos de la vecindad, y era, día y noche, su único compañero.

Cuando el niño fué muchacho estaba tan echado a perder, tan mimoso, tan consentido y vestía con tales primores, que en la aldea le llamaban "el señorito" y se burlaban de él. La gente mayor decía que Raicharan estaba loco perdido por el niño.

Por fin llegó el momento de que fuese a la escuela, y Raicharan vendió unas tierras y se trasladó a Calcuta. Allí, después de mucho buscar, consiguió trabajo. Entonces hizo ir a Phailna a la escuela. No perdonaba sacrificio

para darle la más esmerada educación, la mejor ropa y la más abundante comida.

El se conformaba con un poco de arroz, y se decía para sí:

—Amo, amito mío: como me querías tanto, volviste a mi casa. Nada te ha de faltar por mí culpa...

Pasaron doce años. El muchacho sabía leer y escribir perfectamente. Era alegre, sano

y bien parecido. Se extremaba en su persona. Le gustaba derrochar: tener trajes caros y dinero. No se acostumbraba a mirar a Raicharan del todo como a un padre, pues, aunque su cariño era paternal, tenía modales de criado. Raicharan también pecaba, ocultando a todo el mundo que aquél fuese su hijo.

Los estudiantes de la casa donde Phailna estaba hospedado se divertían de lo lindo con las maneras rudas de Raicharan, y hay que confesar que Phailna, a espaldas de su padre, se les unía en las bromas.

Pero en el fondo todos querían a aquel viejo cándido y dulce, y Phailna también, aunque éste con cierta condescendencia.

Raicharan envejecía, y cada vez le encon-



traban más faltas a su trabajo. Se había estado matando de hambre por amor a su niño, y esto le debilitó tanto, que no podía cumplir sus obligaciones. Las cosas se le olvidaban. Estaba cada vez más torpe y más lelo. En la casa donde prestaba sus servicios querían que el trabajo fuese perfecto y no se ablandaban con excusas; el dinero que trajo de la venta de sus tierras se había acabado, y el muchacho se enfadaba constantemente, bien por falta de aquél, ya por carecer de ropa.

■ Raicharan se determinó. Dejó su empleo, le dió algún dinero a Phailna y le dijo:

—Tengo que hacer en mi casa de la aldea. Volveré pronto.

Y se fué a Baraset, donde Anukul estaba de juez.

La mujer de éste seguía abatida por el dolor. No había vuelto a tener hijos.

Anukul descansaba una tarde del largo y fatigoso trabajo del Tribunal. Su mujer compraba a un mendigo curandero una hierba carísima, que él aseguraba que tenía la virtud de dar hijos. Alguien saludó en el patio. Anukul salió a ver quién llamaba.

Era Raicharan. El corazón de Anukul se ablandó ante su viejo criado, y, después de hacerle muchas preguntas, le propuso que se

quedara a su servicio. Raicharan sonrió levemente, y contestó:

—Querría saludar a mi señora.

Entraron. Ella no le acogió tan cordialmente como el amo. Pero Raicharan, sin molestarse por esto, habló:

—No fué el Padma quien robó tu hijo; fui yo.

Anukul exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué estás diciendo? ¿Dónde tienes al niño?

—Está conmigo. Lo traeré pasado mañana.

■ Era domingo aquel día. Marido y mujer esperaban impacientes, desde muy temprano, el regreso de Raicharan.

A las diez llegó éste con Phailna.

La mujer de Anukul, sin preguntar nada, reía y lloraba, abrazando y tocando a su hijo, llena de emoción. Le besaba en el pelo, en la frente, en la cara, comiéndoselo con los ojos.

El muchacho era muy guapo, y vestía como un caballero. Y el corazón de Anukul se desbordó en una explosión súbita de caricias.

Sin embargo, el juez le preguntó a Raicharan:

—Y qué pruebas tienes para justificar lo que dices?

—¿Qué más pruebas quieres? — contestó

Raicharan. — ¡Dios sabe que yo robé a tu hijo; sólo Dios! . . .

Viendo el ansia con que su mujer abrazaba al muchacho, Anukul comprendió la inutilidad de las pruebas. ¿Cuánto más valía creer? Y la verdad era que ¿de dónde iba a sacar el viejo Raicharan un muchacho como aquél? ¿Y para qué iba a engañarte su fiel criado?

Pero añadió severamente:



—Raicharan: tú no puedes quedarte aquí.
—¿Y adónde voy yo ya, amo? — dijo Raicharan abogándose y suplicando con las manos. — ¿Quién me va a querer siendo tan viejo?

—Déjale que se quede — dijo la mujer. — El niño estará contento, y yo le perdonó.

Pero la conciencia profesional de Anukul no lo permitía.

—Nó — afirmó; — no puede ser perdonado.

Raicharan se echó al suelo y se abrazó a los pies de Anukul.

—¡Amo! — gritó. — ¡Déjame que me quede, que no fuí yo quien lo hizo, sino Dios!

Esto nubló más el entendimiento de Anukul. ¡Echar la culpa a Dios!

—¡No! — repitió. — ¡No puedo permitirlo! ¡Ya no podría tener confianza en tí! ¡Tú has cometido una traición! ¡No puedo perdonarte!

Raicharan se levantó, diciendo:

—No fuí yo.

—¿Pues quién fué entonces? — preguntó Anukul.

—Mi destino — replicó Raicharan.

Pero un hombre de carrera no podía aceptar tal excusa, y Anukul no cedía.

Cuando Phailna vió que era hijo de un juez rico y no de Raicharan, se enfadó, al principio, pensando en el tiempo que le había tenido despojado de su patrimonio; pero, viendo la amargura del viejo, dijo despectivamente:

—Padre, perdónale. Si no quieres, que no se quede con nosotros, pero pásale alguna cosilla para que viva...

Al oír estas palabras, Raicharan no replicó ya. Miró por última vez la cara de su hijo y saludó reverente a sus antiguos amos. Luego salió.

A fin de mes, Anukul le mandó algún dinero a la aldea; pero aquél fué devuelto. Allí no había nadie que se llamara Raicharan...

Rabindranath Tagore.

(Traducción de Víctor Gabitondo).

(Dibujos de Regidor).

Der-Ven

LAS MEJORES MEDIAS IMPONEN LA MODA

"LECTURAS" APARECE TODOS LOS JUEVES

TRES pesos. He aquí la suma que poseo en cartera. ¿A dónde ir? Por un momento me mantengo indeciso. Hojeo un libro; enciendo un cigarro. Luego doy un paseo a lo largo de mi buhardilla, para detenerme, al fin, ante la ventana.

El puerto rebulle con sus miriadas de pupilas. Las luces de los focos empiezan a brillar; forman dibujos cabalísticos, zigzagueando en los cerros y cubriendo de ígneos collares a la noche. Del otro lado, el mar tumultuoso y polifónico. Las olas se entregan a exóticos ballets, batiendo al aire sus peplos cubiertos de pedrerías.

Apago la lámpara; tomo el sombrero y, mohino, abúlico, desciendo los vericuetos ásperos. Rachas salobres báñanme la cara. Y de abajo percibo el hormigueo confuso de viancantes y automóviles, columbro el chorro polícrono de las luminarias, y escucho las voces destempladas de las victrolas sinfonizando un tango sentimental.

El plan. Caritas de mujeres arrebujadas en sus pieles cálidas se deslizan con gracia leve. Adiposos maridos pasan agazapados, del bra-

POMPAS FUNEBRES

Beneficencia Pública

LA MEJOR FABRICA EN EL RAMO.—URNAS FINAS Y METALICAS. ATAÚDES DE TODOS PRECIOS

Servicios completos, fuera de toda competencia.

ABIERTO DIA Y NOCHE

SAN ANTONIO N.º 456,

Teléfono N.º 89274

V. 19.—O. 232

EL PUERTO

(Visiones porteñas)

Por LUIS ROBERTO BOZA

zo de "la señora", en dirección presurosa al cine: de lejos, dan la impresión de un convoy en tarda marcha. Un señor enigmático de traje claro y grandes lentes de cristal, con una gardenia roja en la solapa, pasa seguido de un perrazo de blanco y lanudo pelaje. Lo luce con desparrajo, como quien muestra una querida. Es un dandy. Las mujeres, al verle, se dan codazos significativos y los graves borgueses le miran con sorna. A ratos, como una manada, un pintoresco grupo de poetas lunáticos, con amplios chambergos, obstruyen el bulevar. Rumian un soneto a la amada pálida, cuando ella, más bien gustaría una lonja de jamón de Westfalia...

Inquietos grupos heterogéneos se estacionan en la puerta de los cines. Los teatros ostentan réclames multicolores. Paso ahora yo mi spleen ante el barullo. Un gran retrato de galán sonríe en el foyer, con gesto ambiguo de Narciso. La orquesta de un bar de lujo toca un tango canalla: "Tomo y obligo".

Paso. ¿A dónde ir? Sólo tres pesos tengo en cartera. Camino plán abajo, zigzagueando las callejas ahítas de recodos. Luego subo, subo por callejones absurdos, rocosos, oscuros como guaridas. En las esquinas, el despacho de don Giovanni o don Giuseppe, el indispensable y ávido italiano, con su camiseta sucia y su cara sin afeitar, vende vino adulterado al misero roto alcohólico.

Aquí está el alma del puerto, su fisonomía sórdida, sensual y triste. La baratijería ríe con sus piedras falsas, en las vitrinas pálidamente iluminadas. En las plazoletas sombrías, al pie de los árboles, sobre los escaños rústicos, Eros lanza sus flechas candentes. Parejas misteriosas se entregan al rito del dios alado. Y sobre su pequeña tarima, el guardián del tránsito agita su vara de mando, como un director de orquesta su batuta, ordenando el ritmo descalabrado de aquel concierto de cien mil acordes dispersos.

Cual un autómata, sigo, sigo el tortuoso sendero. Mi abulia se disipa. Al través de las mamparas de vidrios rotos y de colores que chillan, asomadas a los balcones volantes, las rameras de la grey me hacen guíños. Y del fondo vienen las quejumbres de una canción de amor.

EN LA NOCHE

■ Me detengo, perplejo. Sin saber cómo, he llegado a una meseta desde donde descubro las casas chatas y sórdidas de aportillada calamina. Perros feroces gruñen detrás de las puertas. Blasfemias, gritos innobles y risas desarticuladas que dan escalofríos. Espeso humo se desprende de una chimenea. Y al través de las ventanas, bajo la luz de los candiles a carburo, se ven familias entregadas a alborotado yantar.

Aquel cerro esconde para mí el abracadabra. Es un mundo pavoroso, el vientre crepitante de un monstruo, sobre el cual yo me poso como una brizna. A ratos da resoplidos por sus múltiples fauces: las tabernas humosas, los tambores mil olientes, los garitos de los bajos fondos, las casas de cita, las guardias de maleantes. Por ellas entra y escapa la chusma ululante, el inacinerado que tambalea cual si estuviera en pleno barco, el hampón de todas las latitudes, el andrógino, la meretriz y el prexeneta. "¡Toda la lira!", como dijo Hugo, el buen abuelo.

¿Qué hacer? Sólo tengo tres pesos en bolsillo, y esta suma ¿de qué sirve, si los sabios financieros de mi tierra lo han reducido a partícula? Camino al azar. Luego me detengo ante un fígón de dudosa fachenda. En la cocina huecan las butifarras. Y el eterno don Giuseppe o don Giovanni, tras el mostrador grisiento, fuma su negra cachimba, con gravedad filosófica. Un foco ilumina el mezquino frontis. Leo: "Restaurant y Billar Napolitano". Resuelto, me interno, dispuesto a la aventura. Siento voluptuosidad al lanzar mi reto a lo imprevisto. Echo el sombrero al ojo, hundo las manos en los bolsillos, y con el empaque de un viejo parroquiano, me dirijo al fondo, en donde un grupo abigarrado forma círculo a dos sujetos que juegan. Me allego confiñudo. Algunos me miran por el rabillo. Los más ni se dan el trabajo de abrirmee cancha, pareciendo decirse: "¿Y quién es éste? ¡Uno de tantos!"

El juego apasiona. Giran las bolas de marfil sobre la mesa verde. Los espectadores aplauden, tosen o comentan con sigilo. Yo pienso. Una idea vaga, flotante, me coge; luego silba en mí como una serpiente: ¡y si jugara, yo también, arriesgando... mi fortuna? Toco las monedas: son tres pesos justos. Cada ju-

gada puede duplicarlos y hasta quintuplicarlos... Recuerdo a mis acreedores, el prestamista, el almecenero, la patrona de la pensión. Por un momento veo sus caras de ogro; sus manos filudas como las de las gárgolas, clavándose en mi carne. Es la tortura de Lacoonte.

Sí. Jugaré. ¿Quién sabe? La vida es una ruleta. La fiebre me agarra y la mandrágora de ojos de fuego me envuelve en sus tentáculos. Miro a mi torno. Busco, con ojos ávidos, *al hombre*. No lo encuentro. Son tipos anodinos, amorfos, maleables, buenas gentes normales, que asisten al espectáculo antes de irse a dormir. Esos no arriesgan, no se dejan arrastrar por la pasión lacerante. La mandrágora ígnea no los atraerá nunca con sus halos de oro.

Una voz interior me grita: "¡Mira!" De pronto siento tras de mí el calor de una sombra, como la desintegración de un cuerpo que emerge de la nada y se plasma y adquiere contorno humano. Tengo la certidumbre de que *el hombre* está ahí, a pocos pasos. Hasta percibo el resquemor de su mirada ardiente: una irradiación etérea que anima y estalla a la manera de esos fuegos fatuos que de súbito se deslizan en el azul profundo de la noche.

Un incendio puede transformar en ruina su prosperidad de hoy

SEA PREVISOR

Y

Asegure sus muebles, edificio o cualquier otro efecto en las Compañías Nacionales de Seguro:

LA REPUBLICA

LA ESTRELLA

LA CORDILLERA

LA INDUSTRIAL

LA MINERVA

Contra riesgos de incendio, Accidentes del Trabajo, Lucro Cesante, de Transportes, sementeras.

Capital y Fondos: \$ 15.000.000

SANTIAGO

Agustinas 1137 - Teléfono 83920
Casilla 493

Gerente: LUIS KAPPES G.
O. 239.—V. 15.

Suena la campana del reloj dando las doce. La gente empieza el desbande. Un anamita ventrudo y amarillo se me acerca. Parece un Budha. Me dice unas palabras en inglés, que no contesto. Insiste, con una reverencia lenta y flexible, invitándome al fumadero. Los jugadores han hecho mutis y se pierden en la algarabía de la cantina.

Miro atrás: no hay nadie. Pero al volverme, veo dos pupilas que me miran con fijeza. Observo. Es un hombre alto, de palidez intensa, con barbilla negra y aguda. Reparo en su redingote, ya gastado; el cuello de viejo terciopelo vuelto hacia arriba, velándole la cara larga que recuerda un antiguo retrato flamenco.

Tácitamente, sin decírnos palabra, tomamos el taco y nos disponemos al juego. Pienso que no poseo más que tres pesos. Sin embargo, una coronada me impulsa. Soy jugador regular; pocas veces la yerro. Esta certeza me anima y las primeras carambolas me favorecen. El hombre juega con parsimonia. Con lentitud, fríamente, sin interés y hasta con indiferencia. Yo ataco el juego con pasión, anheloso de terminar una vez. Se me ensancha el pecho que he de salir victorioso. Pero luego mi adversario, con su lentitud desesperante, empieza a acumular carambolas, y con mano trémula apunta los juegos decisivos a su favor. Yo me estremezco y pienso con inquietud hasta dónde llegará ese hombre flácido como un fantasma, cuyo tercero ojo hace obedecer las bolas de marfil como a una orden invisible.

Juega y gana. Yo sudo. Cada jugada es, para mí, angustiosa decepción, que me opriime y casi me ahoga. De pronto, reparo en un detalle importante: en el índice de su mano izquierda, aquel hombre lleva una sortija; es un gran ópalo blanquizado, lechoso, como un ojo agónico de mirar trágico y fijo, estancadas sus gemas, a la manera de un pozo de agua inmóvil.

Aquella sortija me obsesiona y desequilibra, me sume en recónditos avatares, en historias de conjuros, martirios y crímenes. ¡Gran Dios! Desde ese instante pierdo el control. Soy otro. Sudor frío baña mis sienes, sé desparrama como nieve por todo mi ser. Siento que caigo vertiginosamente. Y el hombre, siempre lento, con su desesperante laxitud de opiómano, juega y gana.

La angustia despierta en mí pensamientos insólitos. ¿Cómo pagarle? ¿Qué batahola va a formarse, cuando llegue el momento de liquidar? Tiemblo ante el escándalo y pienso

En la PLAYA no Hace Calor

VAYA LOS DOMINGOS A
VALPARAISO, VIÑA, PAPUDO,
CARTAGENA, LLOLLEO O
SAN ANTONIO

Los pasajes de Fin de Semana y de Excursionistas están al alcance de todo el mundo.

BOLETOS DE FIN DE SEMANA

(Se venden los Sábados y Domingos y sirven para regresar hasta el Lunes inclusive).

	Ida y vuelta
A VALPARAISO	1. ^a expreso . . . \$ 40.00 2. ^a expreso o 1. ^a
O VIÑA	ordinario . . . 32.00 3. ^a ordinario . . 15.00

A PAPUDO	1. ^a cualquier tren \$ 51.00
A CARTAGENA, LLOLLEO O SAN ANTONIO	1. ^a cualquier tren \$ 20.40

	EXCURSIONISTAS
	Ida y vuelta 1. ^a 3. ^a
A Valparaíso o Viña	\$ 28 \$ 13
A Quillota	24 12
A Papudo	32 15
A Cartagena, Lolleo o San Antonio	15 10

Los boletos de excursionista son válidos sólo en esos trenes.

Pida más datos en las estaciones y en la Oficina de Informaciones, Bandera esquina Agustinas, Teléfono 85675.

con tenacidad imprevista: "hay, sí, una solución: que este hombre muera".

El tabernero da unas palmadas y nos dice, mientras engulle sus butifarras:

—¡Signori, signori! Va a cerrar la porta.

Ambos nos miramos extrañados, desconocidos, como si llegáramos de un viaje lejano, en el que hubiéramos perdido el rumbo.

Maquinalmente, él se vuelve al pizarrón, a fin de sumar las jugadas. Las cuenta con gozosa avidez. Yo cierro los ojos, criso los puños y me alisto a la batalla que veo venir como un trágico epílogo. En mi bolsillo, las tres monedas de a peso se han vergonzosamente escurrido entre el forro ráido de mi chaleco.

De pronto percibo que aquel hombre se lleva precipitadamente las manos al corazón, tambalea y cae desplomado. Presa del espanto, corro hacia él: está muerto.

El italiano lanza un alarido:

—¡Per Dio! ¡Per la Madonna! ¡Esto desacredita el negozzo!

¿Quién es? ¿De dónde procede este extraño personaje? No se sabe. El tabernero hunde

sus manos en los bolsillos del occiso, en demanda de un documento que lo identifique. Nada. Sólo encuentra una cartera de fina y vieja piel, absolutamente vacía.

Insto al tabernero para que dé aviso a la policía. Se llena de pavor:

—¡Oh, no, per Dio! ¡Esto arruina el negozzo!

Se echa, en seguida, a los hombros el cadáver y lo va a dejar en un resquicio de la quebrada. Cierra las puertas, apaga las luces y con humildad me da las buenas noches. Ni siquiera exige el pago del consumo.

A saltos descendiendo el rudo camino.

Arriba la luna y las estrellas irradian como antorchas. Abajo las sombras se alargan y contraen como un vigoroso aguafuerte de Doré. Y en su regazo el monstruo duerme.

Luis Roberto Boza.

Valparaíso, 11 de febrero de 1933.



POEMAS DE "LECTURAS"

(Poetas del Perú).

BARCOS

Fumando su rumbo
ván los barcos
delante de un camino de humo.

Huéspedes incansables. Saludan
los puertos con el sonoro
mugido de sus sirenas
y se despiden
con un adiós prolongado.
hasta el último
zig-zag de sus banderas.

Pájaros acróbatas. Ebrios
de velocidad,
buscan nido
en la montaña azul
cón el pico abajo
y las plumas salpicadas.

Casas flotantes. Hechas
con el perfume
de todos los adioses
y la esperanza
de todos los saludos.

Yo canto
a los barcos
que envuelven distancias
alrededor del Sol o de la Luna.
DE ESTA ORILLA SENSIBLE
PARTIRA OTRO A HACER LO MISMO.

RULETA

Alguien llora.
Perfila la vuelta una lámina de luz, el día redondo.
El Sur sopla un aire de colores tristes.
Viajero
a la cordillera de tu pesadilla
emigran golondrinas.
Minutos de éter tiritan en esta temperatura.
Y un caracol sonoro, dique de blandas
abraza
al Mar que no es más que un pensamiento en un espejo.
Camino entre encajes dormidos, gigantes de pena en pedrería
— las arrugas de un AMAUTA octogenario
salió el ANDE en AMERICA—
A cinco mil metros de altura suena el vacío en flauta de nácar
y dá vueltas el azul en una ruleta a nuestro cinto;
seguramente el Sol se cayó en la primera.

ALEJANDRO MANCO CAMPOS.

EL DOLOR DE ARAUCO

CUENTO NACIONAL

por

JOAQUIN DIAZ GARCES

CAYO la tarde húmeda y brumosa en la cercanía del bosque, cortado cruelmente a golpe de hacha para dejar paso al ferrocarril triunfante. A lo lejos, la campanita colocada sobre la casa del contratista dió la señal del término de la jornada y una vieja locomotora arrastrando un carro plano lleno ya de barretas, palas y combos, pasó por la línea para recoger a los trabajadores. Todos treparon al vagón, menos dos indios que emprendieron lentamente el camino abierto ya para los durmientes y se remontaron al través de una mancha de bosque, hacia el campo.

El triste campo de Arauco tiene más poesía que los otros de Chile. La nitidez del paisaje central, la aridez del suelo y de las montañas, destaca crudamente los colores y las siluetas. La bruma respirada por los árboles difunde en Arauco cierto misterio en torno de las cosas, aleja los objetos del primer plan y mezcla en vaporosas manchas las lejanías. El silencio es de otra esencia que en las tierras cálidas; es un silencio que podría llamarse vibrante, porque la vida palpita escondida y al mismo tiempo presente, en la tierra, en el aire, en la luz, en las sombras, bajo la acción de las selvas que crecen en su superficie o se transforman en la profundidad.

Los dos indios marchan en silencio. Uno de ellos, un atleta, de gruesas espaldas ligeramente encorvadas, gran cabeza sobre un cuello musculado, es uno de esos viejos araucanos cuya edad puede aproximarse a los cien años. Solamente la piel arrugada, el gesto de fatiga de la boca y de la órbita de los ojos, revela en el indio el asedio del tiempo. Montri, es un guerrero, "un indio soberbio", como se le llama en Temuco, antiguo mocetón del más irredimible de los caciques de esa zona. Todos han podido rendirse ante la fuerza, todos capitular ante el despojo de tierras, todos adaptarse a las nuevas condiciones de vida, menos Montri. Solo, en medio de la raza pacificada, se levanta como el roble que el fuego del roce respetó en medio de un cementerio de troncos carbonizados. Solo, mantiene los rencores, y

aunque sus ideas hayan tomado con los años la vaguedad de apariciones intermitentes y sea más bien el monumento de la resistencia inútil, Montri se cree más araucano que cualquier otro miembro de su pueblo. Montri recuerda; Montri odia; Montri calla.

Calla delante de todo el mundo, menos delante del joven que lo acompaña siempre, de Antifil, el soñador, de Antifil el poeta de las selvas, de Antifil amigo de la soledad y del silencio. Rudo el uno y débil el otro, encuentran mutuo apoyo en su compañía. Los indios comprenden, sin embargo, a esos dos rebeldes que, desposeídos una vez de las tierras que heredaron de sus antepasados han renunciado a tener otras y habitan juntos en una ruca abandonada, sin más compañía que los perros flacos y hambrientos que guardan su puerta. Sin mujeres, sin ganados, sin caballos, errantes mucho tiempo, han inclinado la cabeza para enrolarse en la partida de peones que tienden la línea. Los tiempos están malos, los indios muy pobres; es necesario trabajar aunque la pereza tradicional de un pueblo guerrero que habitó una tierra rica, pueda en ellos más que la necesidad. Y así ambos han estado en medio de la turba mestiza que hace el terraplén del ferrocarril, de cabeza sobre la tierra, cobrando medio salario, porque sus movimientos son pausados y el mayordomo los considera muy mediocres trabajadores.

Antifil no se interesa en el pasado. Como ocurre con muchos de sus hermanos, no conoce la historia de su pueblo. Solamente sabe la persecución miserable de que son objeto los araucanos de parte de los desapiadados "huincas". Ha visto tantas veces pasar a lo largo de los caminos a los viejos caciques, a sus mujeres, mocetones e hijas, arriendo el pequeño ganado, seguidos por los gendarmes, los labios plegados por la ira y el dolor, muchas veces sangrando de las heridas. Es el cuadro del "lanzamiento", de ese despojo incesante que se efectúa en la frontera y se niega en Santiago, de esa caza de indios que parece invención malévolas cuando no se trata de asesinatos y crímenes imposibles de ocultar. Antifil sabe que no hay que apegarse a la tierra porque el indio no puede tener tierras, a pesar de que "el Presidente" diga otra cosa a sus compañeros cuando van a la capital en larga y lamentable procesión a mostrar sus papeles y a pedir

justicia. Por eso Antifil vaga por el bosque donde nadie lo persigue, donde le habla el sol, la sombra, las flores, los árboles y los pájaros. Antifil habría sido el poeta de Arauco si supiera cantar o escribir las ideas que asaltan su mente.

Antifil tiene un secreto que no ha comunicado jamás ni al mismo anciano Montri. Huérfanó, quedó abandonado un día en la vida. Lo recogieron unos ingenieros en el bosque, perdido y hambriento, y lo regalaron al Intendente. Algunos años pasó allí el araucanito mudo, concentrado, sin abrirse a nadie, sin que nadie intentara tampoco acercársele. En la inauguración de la primera parte del ferrocarril, el empleado cortesano entregó el indiecito al presidente de la República, el cual en un discurso hinchado y falso que el gran parlamento de indios acudido a saludarlo no entendió, dijo que lo educaría a costa del Estado en un establecimiento militar para que llegara a ser general de la República, y pudiera consolidar la unión de los araucanos con la República.

El niño creció; el adolescente fué soldado obediente y supo vestir con corrección el uniforme. Nadie habría reconocido en el cabo Monqueo de dieciocho años, que llamaba la atención en los desfiles de la Escuela de Clases, al pequeño y salvaje araucanito entregado por los ingenieros, ni tampoco recordarían al soldado, en presencia de Antifil, los instructores alemanes que se sorprendían de la portentosa rapidez con que el indio se preparaba para ser un brillante guerrero. Llegaron las vacaciones de un año y Antifil pidió permiso para ir a su tierra. Por una concesión extraordinaria, le permitieron llevar su caballo, porque el indio dijo que no subiría por nada a un ferrocarril, y una mañana radiante de enero, como un conquistador, salió con rumbo al sur, preparándose para recorrer el vasto camino en las etapas necesarias. Así llegó una tarde al Bío-Bío. La tierra de los "huincas" iba poco a poco llenándose de bosques y los copihues fueron los primeros heraldos de Arauco. El indio se desmontó, desnudó su uniforme, lo colocó sobre la silla en un paquete fuertemente atado, y echando las riendas sobre el cuello del animal, lo acarició en el cuello y lo despidió con un azote. En seguida se echó a

nado, cruzó el río y se internó semi-desnudo por la selva. Nadie más supo del cabo Monqueo. Sacado de su suelo, volvió a él, sin reproches, sin llevarse nada de "los huincas", sin contar a nadie su historia. Ese era Antifil. Montri lo ignoraba.

De estas dos vidas, una civilizada y sujeta a la más ruda disciplina, y la otra primitiva y libre, el soñador había hecho una sola. La vanagancia en el bosque había poblado su espíritu de ensueños extraños que lo dejaban en éxtasis.

Hablabía en voz alta con las apariciones que surgían en su propia mente; buscaba en los arreboles pesados de la frontera, la figura de una mujer que siempre volvía a invadir su mente, no de esas mujeres de su raza, laboriosas, mudas, castas y sin imaginación, sino de otra, símbolo de la raza blanca, de ojos azules y brillantes cabellos dorados. La había visto tal vez en su vida pasada y era lo único que conservaba; era una especie de veneno que le habían dejado los huincas.

Montri ignoraba el fondo de estos sueños; pero no la inquietud del alma del joven araucano. En medio de su rudeza, comprendía que la decadencia de sus hermanos venía de esta extraña melancolía invasora de una raza fuerte, síntoma fatal de la agonía de un pueblo.

■ La mañana del domingo había amanecido brillante. La cordillera ostentaba esos grandes conos familiares de la región araucana, coronados todavía de la nieve que comenzaba a engrosar los ríos. Hacia el oriente la mancha de bosques trepaba obscura por las altas montañas, perseguida en la devastación implacable del hombre. Cerca de ella el sol iba sacando de la bruma una serie de casitas blancas, sobre cuyos techos de rojizas tejas subían derechos, en el aire tranquilo, los humos de los hogares encendidos. Arrebatado al bosque, aparecía entre ellas el suelo feraz que los cierros encuadraban como un tablero de damas y en el pastaje gordo el ganado mugía de gratitud satisfecha. Esta aparición de riqueza y de trabajo apagaba casi por completo la de un rincón más árido, tal vez menos trabajado, tal vez más difícil de trabajar donde los lechos pajizos de algunas rucas se escalonaban dispersos y fugitivos. Estaba allí bien indicada la invasión implacable que la codicia y la valorización de las tierras habían emprendido en esa zona contra los primitivos pobladores y dueños del territorio. Todo el avance de las bijuelas formaba una especie de cuña que había arrojado hacia el mar y hacia la cordillera a los indios, dejando a los colonos la faja

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

del ferrocarril, la zona ya desboscada, la de fácil riego y buen rendimiento. Era necesario penetrar bien la profundidad del cuadro para comprender la hipócrita obra realizada allí por las oficinas del Estado en nombre de viejas frases huecas, radicación de indígenas, protección de indígenas, mensura de tierras, entregas de títulos. Agazapados tras los cierros los ávidos descubridores de esta presa, dieron el asalto armados de papeles, con órdenes del juez, lanzamientos y asesinatos. Los rematantes por un lado, los concesionarios por otro, los simples ladrones de suelos, barrieron en toda la región con los indígenas, los saquearon, los persiguieron, los azotaron, hasta que el éxodo se pronunció en toda la gran faja.

Por eso, al salir de su ruca, a respirar el aire de la mañana, cuando Montri escuchó allá, del lado del norte, el pitazo del ferrocarril que la resonancia del bosque hacía llegar fácilmente a los oídos, levantó una mano empuñada en actitud amenazante, dirigida hacia ese monstruo invasor que había traído a su pueblo no ya la guerra, ni menos la paz, sino el vicio, las enfermedades y el despojo, y se desató en imprecaciones.

Antifil lo había oído muchas veces, conocía el odio profundo que se albergaba en su pecho no sólo contra "los huincas", sino especialmente contra el extranjero a vecindado en esas regiones. Lo había descubierto una vez sentado en una roca lanzando gritos de rabia y de impotencia contra esa campaña de injusticia

y de vejaciones proseguida por la República. Y desde entonces lo hacía confidente de sus ideas:

—Oyelo, Antifil, los españoles nos hacían la guerra; los chilenos nos roban las tierras; los gringos nos azotan. Yo he conocido las penas de Painemal, que tenía que aguantar que el ganado de Michaeli pasara a pastar en su potrero y callarse, porque si hablaba podían matarle la mujer o los hijos. Yo lo he visto después que lo amarraron, cuando fué invitado a la casa como amigo, y le pusieron una marca de animales que chirrió en sus carnes. Yo he visto a Trileo asesinado a carabina por un alemán de Imperial, y a Nehuelpán muerto ahorcado por un cordel por su propio vecino y compadre, ¡y así no sientes odio contra esos malvados? ¿Y así cuando vas a Temuco les das los ojos a esa gente y te embelesas mirando esas mujeres rubias que son nuestra única venganza, porque son su peor castigo? Cada hora se comete una injusticia contra el indio, cada hora que pasa... Yo he sido el último que he hecho la guerra en Temuco. No he vuelto a ese pueblo porque no quiero ver al pobre araucano dejándose robar hasta el chamaril y los collares de la mujer en la casa del agenciero, para tomar ahí mismo el aguardiente que los ha perdido a todos.

Y así siguieron las lamentaciones de este anciano, cuya faz rugosa como la corteza de los viejos árboles de su tierra, recordaba a un profeta bíblico.



Antifil lo oía; pero su mirada vaga escrutaba el campo a lo lejos. Había descubierto un pequeño grupo de jinetes que galopaban en dirección al río, en esos días correntoso por el deshielo de la temporada. Eran dos hombres y dos mujeres, paseantes de Temuco, que corrían con agilidad hacia un peligro. El indio joven marchó aceleradamente en dirección al río para indicarles el vado. Montri adivinó su movimiento y le gritó iracundo: "¡Déjalos! ¡Déjalos!" ¿Por qué debería el indio ayudar a quienes no eran ni querían ser sus hermanos? "¿Nos creen animales? Procedamos como animales..."

Pero Antifil se acercaba con rapidez a la orilla. Al mismo tiempo, del otro lado se destacaban dos hombres robustos sobre briosos caballos y dos mujeres vestidas de trajes claros que reían alegremente. — "¡No pasar!" — gritó el indio colocando sus manos a manera de bocina. "No hay vado ahora". Pero ya los jinetes habían espoleado sus caballos y los animales miraban, alzando las orejas, las aguas correntosas. Antifil dió vuelta el rostro para no ver la fatal caída de esas mujeres que había conocido en Temuco, de dos hermanas rubias y alegres que habían herido su imaginación; pero encontró la mirada feroz de Montri. El espectro de la venganza se alzaba allí a sus espaldas y sonreía descontando ya la desgracia.

Hubo un momento de ansiedad y varios otros indios habían corrido hasta ambas orillas para aconsejar el camino. El primero de los jinetes se detuvo un momento vacilando; pero luego, enardecido con la dificultad, espolgó algo más el caballo, llevando lasbridas a las mal dirigidas bestias de las dos mujeres que cerraban los ojos con el primer espasmo del terror. Ya no había salvación. Los caballos no podían cruzar; las aguas, en cambio, los arrastraban. Antifil se despojó con rapidez de su manta, arrojó al suelo las botas y se lanzó antes de haber podido ser detenido. Apenas de tarde en tarde aparecía sobre el agua la cabeza de un caballo, o los brazos suplicantes de las mujeres. Los indios corrían por la orilla tirando algunos lazos; un hombre llegaba luego a caballo y bordeando la corriente trataba de acercarse a uno de los jinetes que parecía estar más próximo a la salida. El drama se alejaba con rapidez desde el sitio en que había quedado Montri impasible, clavado, levantando el largo bastón como para dirigir la venganza del río. De su boca salían palabras breves que debían ser maldiciones o feroces invectivas. Cuando creyó que todo había terminado, se echó al suelo y allí quedó en reposo.

■ Una hora más tarde, cuando Montri se acercaba a la ruca meditabundo, escuchó grandes gritos y pudo ver una agrupación de indios que marchaba lentamente.

"Antifil ha muerto", se dijo el guerrero; ha muerto por librar una mujer que si viviera lo odiaría hasta morir. Pero Antifil no había muerto, y venía en medio de los indios trayendo en sus brazos a la más joven de las mujeres que había salvado con peligro de su cumbre él mismo. La procesión avanzaba por el camino, con ese ruido de las plantas desnudas del araucano; pesadas, seguras, que parecen las de un animal primitivo. Antifil, el pecho, los hombros y los brazos desnudos, traía el cuerpo exánime de la niña, intensamente pálida, bajo el beso de la muerte. El color marmóreo de su carne, en vez de iluminar, parecía oscurecer el bronce rudo del salvador. Montri se hizo un lado para dejar pasar hasta la puerta de la ruca al indio con su presa. La creía muerta, y su rostro no revelaba ni asombro ni tristeza, ni curiosidad ni temor.

Una mujer tendió en el suelo una manta negra con fajas blancas y Antifil depositó la carga, dejando caer con pudor instintivo sobre su desnudez un trozo de tela. Se produjo un silencio de muerte, y fueron saliendo uno a uno los acompañantes, sin decir una palabra. El sol iluminaba con sus rayos directos del medio día la mancha del bosque, las hijuelas blancas de los colonos, las rucas grises y aplastadas. De la feraz llanura venían los mugidos del ganado, los pájaros pasaban en bandadas gritando de júbilo y, allá a lo lejos, el ferrocarril lanzaba su pitazo y luego veían claros y sonoros los ruidos de la ferretería del puente asaltado por el convoy en marcha al norte.

El soñador de Arauco, arrodillado en la tierra, fijaba sus ojos en los párpados inmóviles de la mujer y no se atrevía a tocarla. Su vida pasada resucitaba con vehemencia en los más recónditos pliegues de su alma y buscaba en el viejo y oculto tesoro de palabras aprendidas entre los "huincas", aquellas que iba a pronunciar cuando la vida le devolviera a ese ser que había querido arrebatar de los brazos mismos de la muerte. Antifil temía que viviera y sin embargo lo deseaba con tal ardor que sus ojos trataban de reanimar su hielo y de buscar un movimiento en sus pupilas dormidas.

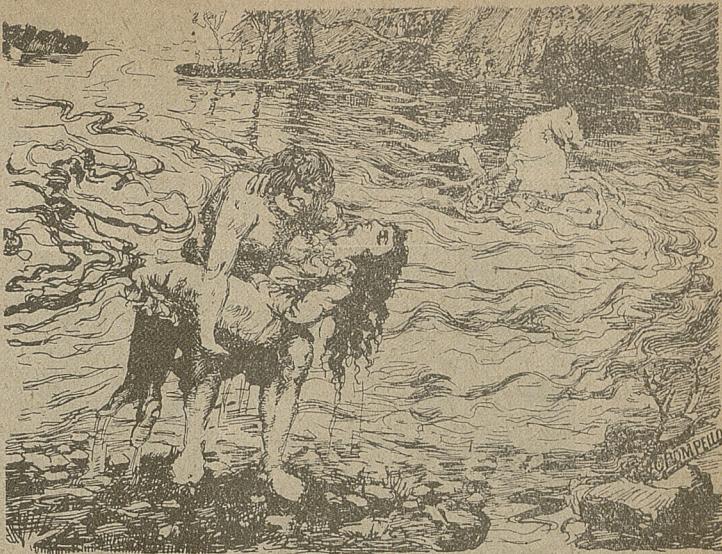
**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

Un ruido lo despertó de su abstracción. Montri estaba allí de pie, a su espalda, mirando también atentamente a la mujer. — ¡Déjala! — volvió a decir; pero esta vez su tono era suplicante. — 'Déjala, porque si ha muerto no debes mirarla más y si vive será para tí causa de muerte. ¡Déjala a los suyos! Es una fiera de la raza enemiga, ¡ay de tí si caes en su poder!"

La voz poderosa de Montri pareció causar un leve movimiento en el pecho de la niña. Antifil se inclinó para mirar atentamente sus párpados, que estaban agitados por ligero temblor. De pronto, como una rápida visión, las pupilas azules aparecieron y miraron al indio. Los párpados cayeron de nuevo. Antifil buscó la mirada de Montri y éste exclamó con horror: — "Te ha mordido, Antifil, ¡Te ha mordido!"

Entre tanto, el día avanzaba y la noticia había llegado al pueblo. Una numerosa expedición venía en camino a buscar los cadáveres. Como era expedición a tierras de indios, se veían más armas de fuego que instrumentos de salvación. Los amigos de los ahogados preguntaban por los caminos e iban reconstituyendo la escena. Los dos jinetes habían muerto seguramente. Tal vez alguna de las mujeres había sido salvada por el indio. ¿Estaría ya con vida? ¿Podrían establecer la prueba del delito o encontrar al culpable? Por fin toparon a algunos de los testigos que mansamente sufrieron sus injuriosas preguntas, el registro de sus ropas para ver si habían robado algo a las víctimas y los golpes del caso. También se habían juntado, por orden de la autoridad, dos o tres carabineros que ayudaban a la investigación. Cuando supieron en qué ruca se encontraba la única víctima arrebatada a las aguas, emprendieron el galope para detenerse recelosos a algunos metros de la casa. Se trataba de tomar precauciones y organizar un ataque. ¿Por qué no aprovechar la ocasión — decía el subdelegado chileno — para arrasar todas estas rucas y meter a la cárcel a la india? No son malas tierras...

Pero luego, al notar el silencio sepulcral de la ruca, se avanzaron algo más. Un joven alto, vigoroso, rubio, amigo de Ana, la niña moribunda, llegó el primero al dintel y se quedó sobre cogido por el espectáculo. Con una ro-



dilla en tierra, Antifil parecía sollozar; de pie, Montri guardaba silencio. — ¿Ha muerto? — preguntó. — No ha muerto, repuso el viejo. Antifil la ha salvado, puedes llevártela. Pero, como ya llegaban los otros, el joven tomó fuerzas y fué asaltado por la desconfianza. — ¿Cuánto rato está aquí? preguntó con imperio. Una hora, tal vez dos horas; nadie podía decirlo. El tiempo no tiene medida exacta para el indio. — ¿Y no la has tocado...? — insistió brutalmente otro de la comitiva.

— No es para tocarla que la he salvado? repuso con voz muriente el indio, no es mi mujer y no debía tocarla. Aquí está.

El subdelegado había dado la orden de la violencia y un carabineiro llegó a tomar brutalmente a Antifil; pero Montri tendió su bastón y dijo: — No hagas nada antes de saber cómo ha pasado. ¿El indio hace mal en salvar a una blanca? Antifil casi ha perdido su vida.

Las palabras simples y la actitud de los dos indios causaron un sentimiento reflexivo. Si Antifil hubiera sido blanco, merecería una medalla o un premio en dinero; pero como era araucano apenas podría librarse de la cárcel.

— No, nos decía otro de la concurrencia; este indio ha sido bueno.

Fué el juicio más benigno.

Todos rodearon a la niña, le dieron a beber un poco de agua; un asistente le tomó el pulso y propuso algunas fricciones. Entre tanto Antifil, inmóvil como una estatua, se había colocado en el rincón oscuro de la ruca. Su modestia era la ignorancia del heroísmo realizado; la duda que sobre él arrojaban esos hombres injustos; el deseo de que lo olvidaran.

No quiso ver cómo la descubrían; no se atrevió a dirigir la mirada al través de los hombres que formaban círculo en torno suyo. Sólo comprendió que abría los ojos, que comenzaba a mover los labios... y luego que hablaba. Su palabra suave y musical, aunque muy débil, había dicho con horror:

—¡Llévenme; no quiero estar entre indios!

Algo demoró todavía la tarea de vestir provisoriamente a la niña y de colocarla en unas parihuelas. En seguida la alzaron con cuidado, Antifil alcanzó a ver una de sus blancas manos caídas y los cabellos brillando al sol como oro puro, y un momento después el grupo salía y se alejaba.

Nadie había recorrido al indio, ni una voz humana le había dirigido esa palabra "gracias", que significa el simple pago de una deuda.

Todos se fueron, la mancha negra se fué empequeñeciendo, la tarde comenzó melancólica.

—"Adiós, Montri, — dijo entonces Antifil con la voz velada, — me voy lejos, más allá de los cerros. No puedo estar aquí".

Calló por algunos instantes el anciano, y cuando habló, sus palabras fueron duras:

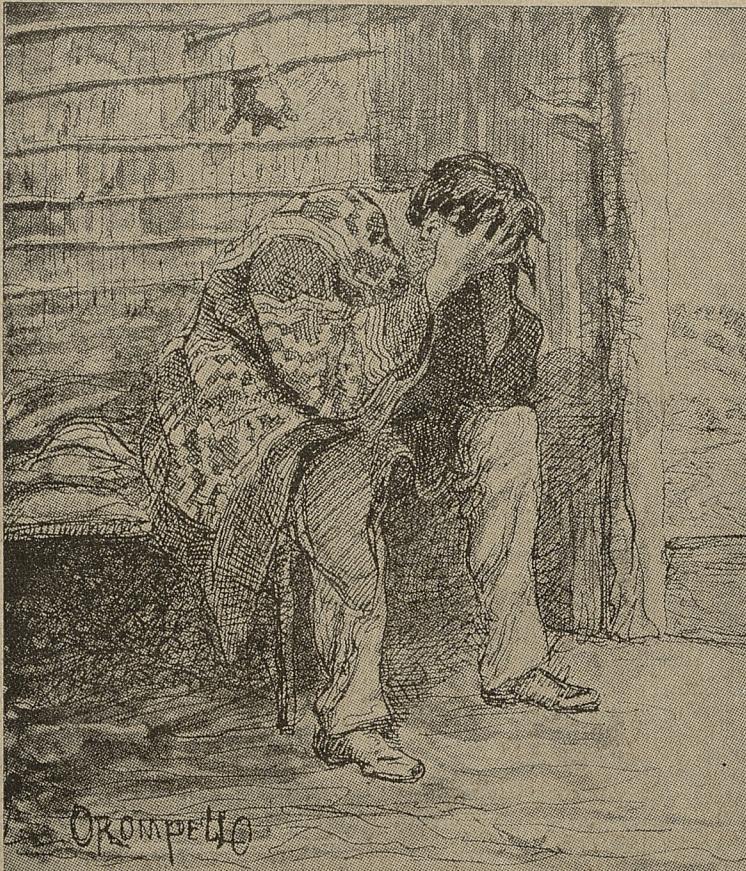
—"Te lo había dicho cuando abrió por primera vez los ojos; te lo había dicho: te mordió con su mirada. Estás envenenado!"

Los años han pasado, la batida a la indiada es cada vez más pacífica y más intensa. El Gobierno entrega tierras a los extranjeros que llegan escoltados por gendarmes y encierran, con alambre, enormes extensiones. El indio sale empujado por el látigo, con sus perros flacos, sus mujeres mudas, sus hijos añorajosos. Va al pueblo a esperar a la puerta del gobernador, del juez, del protector de indígenas, se embriaga y sucumbe. Sus ojos cansados recorren papeles que no entiende, que su propiedad no ha sido nunca sino la orden de dejar el nuevo refugio o la prueba de donde hay un robo. Aquí es acusado, allá envuelto como cómplice de una causa, más allá explotado por un supuesto defensor.

Las hijuelas de los colonos se han extendido y varias rucas grises han sido quemadas. Sólo queda la casa solitaria donde anida Montri, el eterno guerrero que no muere para ser testigo de tanta injusticia. Encorvada la espalda, más oscuro y agrietado el rostro, los labios apretados con un gesto de odio y de despecho, un ojo casi muerto y el rostro brillante por oculta fiebre, parece, sentado en la roca, un enorme buho que predice la muerte de los mocetones de Arauco.

Sin tierra, sin hijos, sin mujeres, sin cabas-

(Termina al frente)



YO sostengo que el mundo sufre de conflictos armados y que a pesar de lo que sucede en otros países, una revolución sangrienta no tendría éxito en la India. Las masas no cooperarían, porque en un movimiento en que ellas no tienen parte activa, no les hace bien alguno y sólo significa para ellas más miseria y siempre un gobierno de extraños. La no-violencia que yo predico es activa, más poderosa, y en ella hasta el débil que participa puede sentirse fuerte. Las masas hoy día están más atrevidas que nunca. Un conflicto sin violencia necesariamente envuelve construcción, por eso, no puede conducir a nadie al *tamas*, caos o inercia; significa un movimiento de la vida nacional, movimiento que va cundiendo silenciosamente, casi imperceptible, pero no por ello menos cierto.

No niego el sacrificio ni el heroísmo de los revolucionarios; pero empleados en una mala causa, significan sólo pérdida de energías que matan los buenos principios, susteniendo el verdadero ideal por la falsa apariencia de un heroísmo y un sacrificio estéril.

Yo no me avergüenzo de alzarme ante el heroíco y sa-

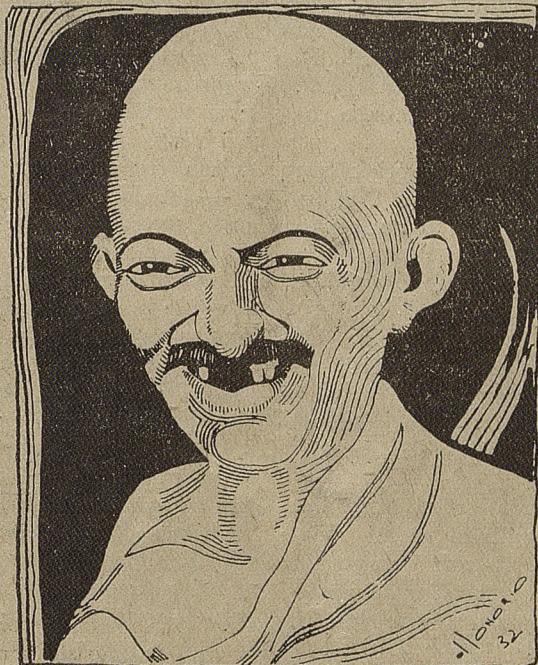
Carta de Mahatma Gandhi a un revolucionario

Traducción especial para "Lecturas", por M. A. R.

crificado revolucionario, porque soy capaz de poner igual medida de heroísmo y sacrificio no mancillados por sangre inocente. La inmolación de éstos es un millón de veces más grande que la de un millón de

hombres que mueren por matar a otros. El sacrificio voluntario es el reto más poderoso hasta ahora concebido por Dios o por el hombre contra la ignominiosa tiranía.

Pido la atención de los revolucionarios hacia los tres grandes problemas del Swaraj: el incompleto desarrollo de la hindúería, la discordia entre hindúes y musulmanes y la inhumana opresión de los parias. Yo pido que pacientemente tome cada uno su parte en esta gran cruzada de reconstrucción. Pueda que no sea lo suficiente espectacular, pero por eso mismo requiere paciencia heroica, un gran esfuerzo y el olvido de sí mismo de que sea capaz un revolucionario. La impaciencia sólo entorpecerá la visión de éste llevándolo por un camino extraviado. Es más, una tranquila y callada inanición, impuesta por su propia voluntad entre las masas que viven en la indigencia, es siempre más heroico que la muerte en el cadalso por una falsa exaltación".



EL DOLOR DE ARAUCO

(Viene de la páq. del frente)

llo, sin esperanza, sin morir siquiera, ese tronco, cuyas ramas han caído todas, se levanta todavía desafiante. No hay una hacha fuerte que lo separe del suelo; todavía parece que la savia de los muertos gloriosos lo vigoriza y lo retiene.

Una tarde de invierno opaca y helada, Mon-

tri sentado en la piedra, la cabeza afirmada en una mano y en la otra el largo coligüe en que se apoya, contempla la tierra como un monumento. Allá a lo lejos, en el silencio absoluto, un estampido hace huir una bandada de pájaros, la bala silba y el anciano se desploma.

La ruca estaba estorbando a algún colono...

MAC-ORLAN,

el novelista

y

el hombre

que toca

acordeón

Por FEDERICO LEFEVRE

Confidencias sobre su vida.
— Sus ideas literarias. — Es-
critores franceses juzgados
por el autor de "El Canto de
la Tripulación".

FUIMOS recibidos por un joven loco, con cara de madera, vestido con un jersey tejido de lana, color amarillo limón, y cuyos brazos y piernas eran cuatro ágiles serpientes, enfundadas en seda color de oro.

Reconocimos inmediatamente al pelele que Pierre Mac Orlan había comprado a Wiesbaden, de quien Loulou Labayerin decía: "Con su boca en forma de corazón, sus hermosos cabellos azules y sus ojos sombreados, es un Warmbruder".

Lo felicitamos por la extraña fantasía que había inspirado a su maestro: "Malicia", la novela aparecida en esos días.

El joven loco se inclinó y a un gesto de Mac Orlan se sentó sobre la cómoda. Mac Orlan respondió:

— "Sí, este elegante hermafrodita de madera torneada representa el comienzo de mi 'Malicia'. Yo parto siempre de una observación exacta que luego deforma a voluntad según las necesidades de la arquitectura de mi idea.

"Observo casi sin darme cuenta, por endosmosis; aparento no ver, no poner atención a nada, pero mi subconsciente lo registra todo. Jamás tomo notas, porque tengo una espléndida memoria y a menudo yo meuento mis historias durante un año antes de pensar si quiera en escribir las.

"Esta es la segunda fase, y la tercera, la de la ejecución propiamente dicha, comienza por la redacción de un plan muy preciso que no deja lugar a sorpresa alguna: entonces me es posible componer hasta diez páginas diarias; no temo de esta manera ningún imprevisto y cuando estoy escribiendo el capítulo 14, sé ya

que el capítulo 22, por ejemplo, se compondrá sólo de siete páginas.

"Soy un hombre del Norte poseicionado principalmente por influencias nórdicas. Viví en Palermo un año; habité también en Roma y en Florencia; sin embargo, no he traído nada de esas permanencias a menudo bastante prolongadas. En cambio Gran Bretaña y Holanda sobre todo me inspiran mucho; frecuentemente debo regresar a esos sitios. Antes de la guerra vivía en Bretaña cinco meses del año, cerca de Quimperlé, con los pintores Asselin y Kisling. Los domingos la música de mi acordeón hacía danzar las cofias blancas..."

— El acordeón que usted tocará en seguida, ¿verdad?

Sonrisa de asentimiento.

En la muralla un maravilloso retrato del novelista por Chas Laborde, un cuadro de Dagragnés, un Pascin, un Bofa, un George Grosz.

Mac Orlan continúa:

— "Nuestra época es tan profunda como el Renacimiento, pero la civilización latina ha muerto y el renacimiento que presentimos destacará mucho más el arte de literatura; mientras tanto esos detalles pueden confundirse con las señales del fin. Yo creo en el nacimiento de una sentimentalidad nueva, sin la cual toda transformación social no es sino una composura demasiado apresurada.

"Lo único nuevo que puede haber en el arte de escribir es la expresión y cómo la literatura tiene una gran tendencia a ser europea los escritores característicos de hoy son los que más se prestan para ser traducidos: Giraudoux, Paul Morand, Ezra Pound, Alezande Block, etc. Los que tienen una expresión nacional mole-

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
ESTO DOMINGO 10.61 - SANTIAGO.**



cular, como Anatole France, no pueden ayudar a este movimiento: se puede hacer una imitación de Anatole France pero no se puede prolongarlo, mientras que se prolongará Giraudoux; Giraudoux es un gran escritor francés por completar.

“El escritor moderno debe ser una especie de central telefónica.

“El lenguaje cada día tendrá menos importancia. Ya se ha acabado eso del libro “bien escrito”: el escritor se vé hoy demasiado solicitado por la importancia del tiempo y de la atmósfera, lo que no quiere decir tampoco que sea preciso escribir mal”.

Mi rostro debe expresar a la vez sorpresa y protesta. Mac Orlan insiste; a fuerza de fórmulas dogmáticas el querer coger la idea que muy bien podría estarse insinuando en mí, que el humorista de la risa amarilla no ha muerto.

—‘Pierre Mille ha dicho muchas veces que nosotros no hemos encontrado nuestro lenguaje; y eso es exacto, es preciso hallar el estilo que permita con el menor número de palabras posibles, el mayor rendimiento de impresiones...’

“Poetas como Allard, Vincent Muselli y Fernand Fleuret son fósiles preciosos, yo los considero como objetos de lujo que amo; Fleuret conocerá su verdadera forma el día que abandone su erudición. Allard igualmente no utiliza tampoco sus recursos.

“Sí, sé muy bien que aquellos que continúan la tradición obtienen los resultados más perfectos.

“Nosotros, en cambio, estamos demasiado mezclados a los acontecimientos; pero después de nosotros vendrá alguno que utilizará nuestras rebuscas, nuestras vacilaciones y aún nuestros terrores y que, más grande que nosotros, hará con un espíritu nuevo la obra maestra que nosotros soñamos.

“Guillaume Apollinaire y Max Jacob son quienes han abierto este camino, paralelamente a Andrés Salmon, Blaise, Cendrars, Jules Romain, etc. Paul Morand, Jean Richard Bloch, Pierre Hamp y otros — pues en nuestra época es difícil asignar un rango a los hombres que están siempre en transformación — continúan este esfuerzo y lo perfeccionan. Sería preciso hablar de Duhamel y de su grupo, pero no se puede decirlo todo.

“Es el equipo de los que llamaré, si Ud. quiere, los Internacionales”

—¿Y Jean Cocteau?

—“Si Jean Cocteau hubiera estado sus tres años en el servicio militar, sería uno de los más grandes escritores de nuestra generación. Le han perjudicado su debilidad y el haber vivido siempre en compañía de gentes para quienes el menor de sus gestos parecía lleno de claras significaciones. Nunca se ha visto en la obligación de explicar sencillamente cosas sim-

bles o complejas a almas desprovistas de misterio.

"Un hombre vea usted, para ser un buen escritor debe gozar de equilibrio físico y moral. Tal vez esto es difícil hoy en día. A ese precio se consigue la inmortalidad! Los escritores de nuestro tiempo se sienten a sus anchas en todos los terrenos del sport.

— "Arnoux se balancea entre los tradicionales y los internacionales; utiliza el lenguaje de los unos y las tendencias de los otros... En nuestra generación es uno de los escritores que está más cerca del éxito.

"Francis Carco se orienta más y más hacia el sentido tradicionalista... Nada más que una mujer, su último libro es un libro bello; lo mismo se puede decir de Roland Dorgelés. De Arnoux, los libros que prefiero son "Indice 33" y "Escucha si llueve".

— ¿Y los viejos?

— Barrés primero. Tuvo una influencia artística profunda sobre nuestra generación, artística solamente. Muchos de entre nosotros le deben una forma de estilo: él da al pequeño detalle sentimental una importancia plástica. Está también Gide, cuya influencia sobre la generación que precedió a la nuestra es

enorme; existe sobre todo, la formidable influencia de los ingleses y de los rusos. No desciudo tampoco la importancia de Claudel, pero verdaderamente, y yo creo que se debe a mi ausencia completa de misticismo, éste no ha tenido ninguna influencia en mí.

"Existe, sobre todo, Rimbaud: es la más grande emoción que he sentido. Si yo no lo hubiera leído, probablemente no habría escrito jamás".

Sentado en la cómoda el muñeco de Wiesbaden se impacienta...

Para su distracción y nuestra alegría, Mac Orlan ha cogido su hermoso acordeón; primero toca la canción de los marineros bretones que parten para el Oriente, luego nostálgicas melopeas populares, y finalmente, los refranes que les gustan a los personajes de Francis Carco (el acordeón es el instrumento que los trae mejor, nos dice el ejecutante).

Los minutos pasan...

Un cuaderno abierto sobre el escritorio nos vuelve a la realidad y nos vamos para que Mac Orlan pueda terminar la "Venus Internacional".

F. L.

(Traducción especial para "Lecturas").

LIBROS

La "EMPRESA LETRAS" ha tomado la distribución de las siguientes obras:

LA SEÑORITA CORTES MONROY

Novela de Januario Espinoza
PRECIO: \$ 4.—

LOS TRIPULANTES DE LA NOCHE

Novela de Salvador Reyes
PRECIO: \$ 1.—

A L H U E

Estampas de González Vera
PRECIO: \$ 6.—

T I E R R A J U D I A

Crónicas por J. Kessel
PRECIO: \$ 5.—

E L L A Q U E SANGRIENTO

Crónicas del REPORTER X
PRECIO: \$ 1.—

A L E S S A N D R I

(El trágico caso de Mesa Bell).
Evocaciones de IRIS
PRECIO: \$ 2.—

FESTIN DE LOS AUDACES

Memorias por Alfredo Gmo. Bravo
PRECIO: \$ 3.—
(En prensa, la segunda edición).

Pedidos adjuntando el valor diríjanse a

EMPRESA LETRAS

CASILLA 3327 — HUERFANOS 1041 — TELEFONO 82028
S A N T I A G O

El mayor Mackintosh padecía de una vaga enfermedad del espíritu; su manía era contra la eterna juventud de todo en el siglo XX. La difunta señora de Mackintosh había sido para él una inmejorable compañera durante todo el tiempo que Dios se la conservó. Tenía ella varios años más que él y era una de esas almas buenas e indulgentes que desean que todo el mundo tenga siempre lo mejor de todo. Su vida intelectual se había reducido siempre al alimento espiritual proporcionado por la lectura aburridora de una media docena de biografías de dudosa veracidad, y su credo religioso se condensaba en la cómoda e ingenua esperanza de que cada ser humano iría a su turno al cielo y que, una vez allí, siendo bueno, le sería permitido tener la llave de la puerta de calle a fin de poder salir y echar una cana al aire de vez en cuando. Pero la señora Mackintosh no existía ya; hacía varios años que había pasado a mejor vida y el mayor empezaba a temer, a despecho de varias esperanzas fugaces que había alimentado en contrario, que jamás hallaría una compañera igual. Al pobre mayor Mackintosh parecía que todas las mujeres hoy en día eran jóvenes, y una mujer joven era lo que más odiaba. Para él una mujer joven era algo de abominable, de incomprendible y de insufrible; un ser que reía con indecorosa e inconsiderada alegría de los achaques de la edad; pero él pensaba para sus adentros que si pudiera encontrar otra señora anciana, buena como la para siempre ausente señora de Mackintosh, le ofrecería gozosamente el puesto vacante en su corazón. ¡Ay! ¡ay! las señoras ancianas pertenecían a una especie extinguida como la del ave fénix, y el melancólico soldado recorría en vano el globo terráqueo (es decir, la mitad más grande del mismo: Londres) en busca de una de ellas. Detestaba con toda la fuerza de su alma caballerescas las damas modernas que fumaban, se vestían como hombres y no titubeaban en subir a las plataformas públicas a decir discursos políticos. En su juventud, decía, las mujeres tenían aureolas y semejaban ángeles...

Durante el invierno pasado una cliente de una modista en boga, en Reget Street, pidió inocentemente una gorra para una señora de edad. "Señora: ya no hay señoras de

LA VIUDEZ DEL MAYOR MACKINTOSH

Cuento por HELEN T. FOWLER

Dibujos de Adduard.

edad", fué la dura y seca respuesta. Si el mayor Mackintosh hubiera oido esa contestación, se hubiera aferrado más aún a sus ideas. Es mortificante de por sí sentirse viejo, pero llegar a convencerse de que uno es el único anciano en el mundo, es certamente una idea insoportable. Y era esta idea la que hacía que para el mayor Mackintosh su ya avanzada edad fuera un fardo demasiado pesado para seguir soportándolo.

Pero sucedió que cierto día los dueños del valiente soldado sufrieron una desviación. Habiendo buscado en vano en la metrópoli una compañera para sus decadentes años, se retiró por un tiempo a St. Rose, encantadora aldehuela en la costa este de Inglaterra, para llorar la desaparición de la primera señora de Mackintosh y la tardanza en llegar de la segunda. El hotel era cómodo, pero en él prevalecía el mismo nivel de perenne juventud de todas partes. Señoras con elegantes melenas de cabello negro y con atrayentes melenas de cabello rubio; señoras con vestidos amarillos, encarnados y azules, coqueteaban en el salón y lucían sus encantos en el comedor; pero ni una sola cabellera gris pudo el mayor encontrar en el hotel; si hubiera hallado tan sólo una, se la hubiera apropiado en el acto...; pero el artículo no existía en el establecimiento.

DUna memorable noche, el hotel fué alarmado por el grito de "¡fuego!"; uno de los huéspedes se había despertado durante la noche incomodado por olor a quemado y había tenido la feliz idea de hacer sonar el "gong" que se usaba para llamar a la mesa, despertando así al dormido albergue. Como el beso del príncipe encantado de "La Bella Durmiente", el sonido del "gong" despertó a la gente del establecimiento. Un fantástico aspecto presentaban un momento después los corredores llenos de gente. Todos los hombres del hotel, con el coraje de Casabianca y algunos de ellos revolviendo dentro de la frágil cubierta de sus "pijamas", acudieron como torbellino, recorriendo de arriba abajo los pasillos, golpeando a las puertas de los dormitorios, muchos de ellos ya evacuados, y gritando "¡fuego!" a voz en cuello. Un enjambre de delicadas mujeres en trajes livianos y elegidos al azar acudían también como torbellino a los corredores, moles-

tando con incomprensibles e interminables preguntas a los arrojados caballeros, y sin esperar respuesta, mientras que la gente aristocrática (que si hubiera estado vestida y en el pleno goce de sus facultades no hubiera dirigido la palabra por nada en este mundo a alguien cuyo nombre no esté en el almanaque de Gotha) entablaban amistosa y familiar conversación con Juan, Pedro y Diego. No hay nivelador de clases más eficaz que el peligro común; supera en eficacia a todos los argumentos de todos los socialistas existentes. En medio de aquella extraña y fantástica escena, el mayor Mackintosh se sentía triunfador. Aquello era algo nuevo para él. Por una razón u otra se sentía más joven que de costumbre, probablemente debido a la excitación inusitada del momento; y por una razón u otra, las personas que lo rodeaban parecíanle más viejas que de costumbre, pero no se detuvo a investigar la razón de este fenómeno. De pronto una mano tímida se posó sobre su brazo, al mismo tiempo que una voz, tímida también, le decía: "Señor, ¿quiere usted hacerme el favor de decirme qué es lo que ocurre? He preguntado lo mismo a veinticinco personas y nadie parece saber precisamente de lo que se trata".

■ El mayor se dió vuelta para contestar a la gentil interlocutora y descubrió, con gozo mal disimulado y con asombro al mismo tiempo, al ser que tanto había buscado: una señora anciana. Estuvo a punto de gritar de alegría, tan gloriosa e inesperada fué la visión. La dama estaba vestida de un modo extraño, pero, ¿qué importaba? No había duda respecto a su edad, aunque la hubiera respecto a sus atractivos físicos; pero su edad era lo principal a los ojos del mayor. Estaba descalza y sus pequeños pies aparecían y desaparecían como ratoncillos que entraran y salieran de debajo de una falda basta decididamente raída; sobre sus hombros tenía un hermoso

manto de terciopelo, adornado de marfa cibelina, mientras que sus bucles blancos, aún abundantes, estaban coronados por un antiguo gorro de dormir tan albo como los propios cabellos de la dama. Si el hotel no hubiera estado incendiándose, todo el mundo se hubiera reído de aquella figura decididamente grotesca; pero en aquel momento nadie se percató de ello. Estaba sumamente atemorizada, y con el desesperado valor que da el miedo excesivo, se aventuró a confiar sus más íntimos pesares a los desconocidos oídos del mayor Mackintosh, tan pronto como se hubo asegurado de que el incendio se había limitado a una indiscreta viga de madera que había comenzado a quemarse.

— "Mis pies están horriblemente fríos — dijo ella, — pues no he podido hallar mis zapatillas en ninguna parte. No sé lo que ha sido de ellas".

— "No puedo recordar en dónde están — continuó la anciana con la desenvoltura que da el terror en ciertos casos; — las he buscado por todas partes a pesar de ser ya oscuro, y no me he atrevido a quedarme ni un minuto más en el cuarto por terror de quemarme viva en él. Me impresionó mucho al principio. ¡Ha observado usted, señor, cómo corren solas las zapatillas en un cuarto? Nunca puedo hallarlas en donde las dejo".

— "Es cierto, lo he observado a menudo — exclamó el mayor, encantado de hallar un alma gemela que entendiera de un modo tan completo las molestias de esta vida. — Las mías son terribles para escabullirse y esconderse. Me recuerdan los zapatos rojos de Karen, de los cuentos de Hans Andersen, que bailaban solos. ¡recuerda usted?"

— "Sí, es un cuento muy lindo — replicó la anciana distraídamente. — pero... ¡está usted seguro, señor, de que no hay peligro de que nos quememos vivos!"

— "Seguro, seguro — dijo el mayor con acento tranquilizador; — el fuego es poco y ha sido ya extinguido".

— "Me alegro mucho de saberlo — dijo la dama suspirando y con un acento en que se notaba el agradecimiento, — pero... quisiera no haber extraviado mis zapatillas..."

— "Las zapatillas son como los botones de cuello — continuó el mayor; — se caen, escapan y se ocultan justamente cuando uno está de prisa".

■ Y ambos ancianos se internaron en un animado diálogo sobre las zapatillas que desaparecen y los botones de cuello que se pierden.

ENEOL
Para las Cañas
Venta y Aplicaciones:
PELUQUERIA
"LOUBAT"
San Antonio esq. Agustinas
Pídalo en todas las boticas.

— "Esas cosas son muy desagradables" — dijo la anciana dama con dulzura.

— "Muy desagradables, en efecto" — repitió el mayor con acento convincente.

— "Ay, Dios mío, Dios mío! — suspiró la dama, — pero... ¡está usted seguro de que no estamos en peligro de ser quemados vivos...!"

— "Completamente seguro, mi querida señora" — aseveró el mayor.

■ El mayor Mackintosh y su nueva amiga se hicieron cada vez más confidenciales, hasta que por fin él le confió a ella la horrible sospecha (que él no había jamás confiado a nadie hasta entonces) de que la dueña de la pensión en que vivía en la ciudad le bebía su "whisky". Al murmurar en voz baja aquella vil sugerencia, miró tímidamente a su alrededor y continuó relatándole, siempre en voz baja, todas las vicisitudes y molestias que le esperaban a su llegada de regreso a su pensión. Se estremeció al recordarlo. Luego la anciana dama, habiéndose convencido por fin de que el incendio se había limitado al ala más lejana del edificio y de que, además, había sido ya completamente extinguido, se entusiasmó y corrió precipitadamente a su propio cuarto, saliendo de él pocos instantes después, sin aliento e ilesa, trayendo consigo una estufita eléctrica y todo lo necesario para hacer té. Luego hizo para ella y el mayor dos tazas del doméstico néctar, haciendo así ambos un lindo y reducido pic-nic, sentados uno al lado del otro, en un sofá de terciopelo verde, en el corredor lleno aún de humo. Terminó la fiestita habiéndose calmado para entonces por completo la excitación en el establecimiento, después de haberse dispersado gradualmente la gente para reanudar el interrumpido sueño. El mayor dió entonces las buenas noches a su nueva conocida después de asegurarse bajo su fe de caballero y de soldado, por la quinta vez, que no había peligro alguno de quemarse vivo en el hotel; y luego se retiró él también a descansar y a soñar en un paraíso vago y otoñal en el cual Eva tenía en la cabeza una corona de hojas amarillentas y marchitas y Adán estaba coronado de cabellos grises.

■ Al día siguiente el mayor Mackintosh bajó a almorzar, embargado por el encanto de un nuevo afecto. El razonamiento que él se hacía era de que, si bien la juventud es algo que no dura, la edad es un algo inmerecido que pasa, y que, por consiguiente, una dama aumenta automáticamente cada hora que

que es vieja el lunes lo será aún más el martes por la mañana. Con lo cual el valiente soldado demostraba un profundo conocimiento de la aritmética y una sublime ignorancia de aquel sexo que él, en su insensatez, valoraba de acuerdo con lo que sabía de la finada señora de Mackintosh. Pero también se veía obligado a reconocer la falta de solidez de su razonamiento.

El mayor buscó a su anciana por todas partes en el hotel, por todas partes buscó en vano; no pudo hallar ni rastros de ella en aquel hotel lleno de gente. ¿Dónde podría estar? Supo por el portero en el "hall" que nadie había abandonado el establecimiento después del incendio, y supo por el gerente que nadie permanecía enfermo en su cuarto; por otro lado, su propio buen sentido le informó, además, que una señora de edad no podía esfumarse convirtiéndose en algo impalpable, como si fuera una visión, sin dejar tras sí un vestigio visible cualquiera, algo así como una falda bas-ta o un gorro antiguo de dormir; pero ¿en dónde podía ella estar? Esa era la cuestión primordial, y el mayor se entrusteció al tratar, sin resultado, de hallar una respuesta. Sus ojos sufrieron horrible desengaño al recorrer con ellos todos los ámbitos del salón comedor, hallando en él tan sólo la acostumbrada insipidez de la primavera eterna. La edad, que había regocijado su alma durante algunas de sus vigi-



lías, se había desvanecido como un ensueño antes del amanecer. De nuevo su mirada desalentada se encontraba con las melenas obscuras y las melenas rubias, con los vestidos azules y los vestidos amarillos, verdes, etc., llenando su vieja y cansada alma de amarga rebelión contra la maldición de la juventud perenne. Un personaje de Byron (si no me equivoco) deseaba una vez cambiar su esposa de cuarenta años por dos de veinte, como si se tratara de billetes de Banco; el mayor, por el contrario, hubiera cambiado gustoso todo un salón comedor lleno de mujeres treintenarias (al parecer) por una sola mujer de sesenta, y hubiera salido ganando en la transacción.

■ El mayor seguía desolado y desanimado, pues día a día buscaba a su perdido bien por todas partes, y en vano... Sentía que hubiera dado mundos (si hubiera tenido mundos a su disposición) si la dama del incendio hubiese regresado y hubiese escuchado de sus propios labios la narración de sus pesares íntimos. Un día, en el hotel, una mujer de aspecto juvenil, con una melena castaño oscuro que asomaba por debajo de la sombría ala de un coqueto sombrerito moderno, trató de inducir al desventurado enamorado a tratar

conversación, pero él volvió el rostro, llena el alma de amargura, y nada quiso saber con ella. ¿Qué tenían qué hacer con él mujeres jóvenes con sombreritos coquetos, con él cuyo corazón estaba lleno con la imagen de una anciana envuelta en un manto de terciopelo y tocada con un gorro antiguo de dormir?

■ El mayor Mackintosh penó durante mucho tiempo, y muy sinceramente, por el misterioso ser cuya desaparición había resultado tan inexplicable y tan completa; se quejaba amargamente y rehusaba todo consuelo. No permaneció mucho tiempo en aquel hotel. La verdadera corona del martirio es recordar cosas felices ya pasadas, y desde la noche del incendio, en su soledad, que por un momento había parecido tocar a su fin, se cernía sobre él una intensa melancolía. Así el desconsolado guerrero abandonó el teatro de su momentánea y fugaz felicidad y de nuevo vagó por la faz de la tierra, buscando por todas partes la extinguida especie de la mujer de edad.

Y el mayor nunca supo que la anciana del gorro antiguo de dormir de la noche del incendio y la joven del sombrerito coqueto del salón del hotel eran una sola y única persona.



AMIGA: Siempre que razonablemente, hablas conmigo y me dices: "¡No me quiero morir!", te comprendo y te doy la razón, aunque tú no quieras comprenderme ni aún creerme a mí cuando te digo, no menos sincera y razonablemente: "¡No me importa morirme!"

Te comprendo, porque pienso que la vida te ha dado tanto, tanto!... Tienes la hacienda indispensable para lo necesario y algo de lo tan agradablemente superfluo: tienes un hogar; tienes un marido que no sé si, en los años de juventud, habrá dado a tu vida el fermento de pasión embriagante que hace de la tierra cielo abreviado... y breve, pero que indudable y efectivamente en este momento de la existencia en que empieza a sentirse en los huesos y más en el alma el frío crepuscular—aún cuando no haya todavía traspuesto el sol tras de los montes — te da, con simpatía comprensiva, la tibieza de un cariño seguro y constante.

Cuando te duele la cabeza tienes un pecho, que te figuras más fuerte que el tuyo, en que apoyarla; tienes una hija en cuyos quince años reflorecen todas tus primaveras; tienes un hijo, en cuyos dieciocho empiezan a cuajarse tus sueños imposibles; tienes un círculo de amistades ligeras, que a días se disfrazan de entrañas con graciosa impostura; tienes la inteligencia suficiente para apreciar, gustar, saborear, pesar y medir tus tesoros... Comprendo que la vida te sujeté y ate con miles de cadenas; comprendo que no quieras dejarla y que alejes la idea del fin inevitable con pereza de quien, encontrándose bien, no quisiera cambiar de postura...

Pero cuando me dices: "¡Me da miedo la muerte!... ¡Me da horror la idea de morirme!" dejó de comprenderme, y aún creo que tú misma no te comprendes, puesto que si pregunto: "¿Por qué?", no sabes responderme.

Si hablásenos un poco de tu terror... No eres cristiana, aunque, a días, con caprichoso melindre pseudoespiritual, proclames serlo. Si de veras lo fueses, como de veras son budistas los budistas y musulmanes los hijos del Profeta, no temerías. Quien, de veras, milita su horizonte con la idea de un Dios personal o de

una indudable e infalible Esencia Divina, desierta para siempre el terror de su alma. Si supieras con qué despectiva incomprendión consideran nuestro miedo a morir los pueblos orientales! Hay una frase de uso corriente en Asia que dice: "El miedo a la muerte es una enfermedad europea".

Y dice Séneca, refiriéndose a este mismo temor: "¿Por qué te cansas en temer lo que no puedes evitar?"

Y hace decir Shakespeare a uno de sus personajes, en el instante del peligro extremo: "¡Estamos en manos de Dios, no en manos de nuestros enemigos. Por consiguiente, sigamos avanzando!"

Y dice la sabiduría que hemos dado en llamar popular, por llamar de algún modo la palabra de un sabio que el pueblo ha recogido y conservado: "Si tiene remedio, ¿por qué te apuras? Y si no le tiene, ¿para qué te apuras?"

Y te digo yo: "Puesto que tu filiación teórica a un credo u otro credo no sirve para tranquilizarte, señal evidente de que no influye para nada importante en tu vida. ¿Qué motivo real, es decir, verosímil, pude de hacerte temblar ante el fin de la vida? ¿Tiemblas ante la fiesta que se ha de acabar?"

— ¡No — me respondes, — pero acaso temblo y habrás temblado tú ante el amor que ha de tener fin!

— Sí — te respondo, — pero es porque en mi miedo estaba la visión de los años futuros en soledad... Pero cuando se te acabe la vida, se acabó, de un modo o de otro, la facultad, la necesidad, la posibilidad de echarla de menos... Mientras vivas, vivas... Cuando hayas dejado de vivir... ¿qué temes?

— Castigo?... Si aceptas la existencia de un juicio, ¿no tienes para tus mezquinas culpas la seguridad de una expiación? ¿Crees, presumtuosa, haber faltado a las leyes eternas con tan soberbia profundidad de mal que exija el cataclismo de una venganza eterna? ¿Cómo se reirían todos los ángeles de tu desaforada pretensión! Y si en la expiación crees, por larga que fuese, bien corta es toda senda que conduce al eterno bienestar...



Carta

a

*una mujer de 45 años
que tiene miedo
a la muerte*

Por

G. MARTINEZ
SIERRA

¡Metamorfosis!... ¡Y eso te da miedo? ¡A tí, mujer, enamorada eterna del cambio y la mudanza? ¡A tí, que eres esclava de la novedad, por otro nombre moda? ¡A tí, que te atreves a tener gusto personal por miedo invencible a no estar "a la última"? ¡A tí, que estudias al espejo el afeite para mudarte el rostro, y que finges hasta delante de tí misma por lograr el divino placer de darte al menos la apariencia de un alma nueva cada mañana?

Piensa en esto: mudar, cambiar de forma, de momento, de lugar, de apariencia, de destino una vez, y otra vez, y otra vez... Ser siempre algo nuevo, renacer, amanecer, aparecer, no cansar ni cansarte en la gloria siempre renaciente, en el triunfo siempre germinante de la transformación. No dices ahora, en los momentos en que te sientes invadida por algún gozoso entusiasmo: "¿Siento que me han nacido alas?" Piensa en tener hoy alas y ser mañana un perfume llevado por el viento, y otro día la gota de agua que, caldeada por el sol, se dilata y dilata hasta desparramar en un casi infinito de espacio la casi infinidad de su sustancia.

¡Anonadamiento!... ¡Y eso te da terror? Aún no eres vieja, pero ya no eres joven, y a veces, cuando llega la noche, sobre todo si es la noche de un día ocupado por gratas emociones o alterado por excitaciones plácenteras, te sientes un poco fatigada... ¡Y con qué deleite, no por casi inconsciente menos real, acomes el beleño del dormir que suavemente va haciendo pasar por todo tu cuerpo corrientes de anestesia, caricias de necesario olvido!...

Voluptuosamente, vas dejándote hundir en el no ser... ¡Por qué temes que sea menos plácentera la invasión del beleño mortal, la infusión en tus venas del reposo eterno? Dices: "¡Es que, al dormirme esta noche, pienso que mañana he de despertar! Eso dices ahora — mediodía — cuando ya has descansado del ayer y aún no te rinde la fatiga del hoy, pero no es cierto. Anoche, al sentirte tan suave y dulcemente embotar por el sueño, no pensaste en la esperanza dudosa del amanecer, sino en la realidad indudable del reposo... ¡Y así será el morir, yo te lo fío!

Dice un psicoanalista, nuestro contemporáneo: "La vida no puede sobrellevarse más de unas cuantas horas seguidas". Y es cierto. Hay que descansar de vivir cada noche, para poder seguir viviendo; más, de cada descanso parcial, queda un leve residuo de fatiga. Así, al llegar la noche de tu vida, estarás, inevitablemente, tan cansada, que acogerás con gratitud la llegada del definitivo reposo. No temas, amiga; mientras tengas deseo de vivir — fuerza y deseo son sinónimos — vivirás... Sigue, pues, viviendo sin temores... ; llegada la hora del supremo dormir, las manos que plasmaron tu sustancia se posarán sobre tus ojos... y descansarás... ¡Para siempre? ¡Para una hora? ¡Para hundirte en la nada? ¡Para volar a una vida nueva? No has de saberlo nunca. Por lo tanto di "¡Amén!", y sonríe hoy al cerrar los ojos. Más allá del instante breve y enigmático, de un modo o de otro, has de encontrar la paz...



COMPRE CAFE LEGITIMO

DESCONFIE DE LOS CAFES MOLIDOS



El rendimiento en la taza de los substitutos o mezclas con substitutos es varias veces menor que el café legitimo fresco y recién molido, trocándose así la supuesta economía en un mayor desembolso.

Las cualidades estimulantes, propias solamente del café y la satisfacción que se experimenta al tomar esta exquisita bebida, no se encuentra en ningún substituto o mezcla.

Lleve su café en grano, o hágalo moler a su vista.

Los Contratistas y Depósitos "TRES MONTES" venden café en grano absolutamente puro.

N. O.—230.

NOVELA
POR
JOSE
MARIA
SOUVIRON

— Salvaje —

(Conclusión)

RESUMEN DE LO PUBLICADO:

Es el caso de un muchacho llamado Carlos Artigas que, cansado y aburrido de los formulismos de la sociedad, decide ir a vivir a un rincón solitario a la orilla del mar. Isabel, hermosa y culta chica, último flirt de Carlos, se siente seducida ante tamaña actitud de su antiguo amor, y por eso ella quiere encontrarlo. Se va en su auto a buscáro. Al fin lo encuentra. Se abrazan, hablan largamente, y en la noche cuando ella quiere regresar, no puede hacerlo porque el auto no funciona. Pasa la noche en la pobre cabaña de Carlos y al día siguiente ella lo convence de que debe ir a la ciudad. Una vez en la casa, Isabel dice a sus padres que Carlos la ha salvado y que se aman y quieren casarse.

AHORA SIGA LEYENDO.

DE aquí provenía el que, para estar en consonancia con su amplitud de conocimientos aparentes, hubiera tenido esta misma amplitud de miras en la educación de sus hijas y en los juicios que formulaba, tolerante, de ideas y hechos que asustaban a los timoratos del lugar. Y de aquí también nacía el valer — no exento de temores — que Isabel pensaba usar, expositivamente, delante de su padre.

El punto flaco de aquella reunión que se iniciaba, era la incomprendión total de doña Clara para cualquier problema, por fácil, que se le presentase. Su constante intervención desatinada, sin malas intenciones sólo por cortedad de inteligencia, en cualquier asunto que se necesitara (o en el que ella creyera necesaria) su intervención.

Don Homero tenía miedo de su mujer, en lo que respecta a las intervenciones de ésta en los asuntos más baladíes. Convencido, por otra parte, del gran corazón de su esposa, se limitaba a resoplar nerviosamente, cuando ésta sacaba a relucir alguna de sus salidas de pie de banco. Después, sólos, era cuando le gritaba para que en lo sucesivo, no hablase sino de aquellas cosas que entendía. Es decir, de casi nada.

Sin llegar a mayores disparates, los dos últimos desastres de doña Clara habían sido (válga como ejemplo) de los que dejan en silencio embarazoso. Los había tenido durante la visita de un conocido literato al salón de don Homero, receptor de las embajadas intelectuales que arribaban a la provincia: Se hablaba de Beaumarchais y doña Clara, soñolienta, opinó que eran los mejores almacenes de París, superiores a las "Galeries Lafayette" y al "Printemps". Luego, como surgiera en las palabras el nombre de Bernard Shaw, doña Clara recordó toda satisfecha que la había visto trabajar en el Teatro Chatelet, en París también, poco antes de que le cortarán la pierna. ¡Qué gran actriz aquélla!

A don Homero estas intervenciones lo sacaban de quicio. Pero disimulaba. Por eso, después del atarugado sumario de hechos que su esposa le largó en la antesala, al llegar, entró al salón donde esperaban Isabel y Carlos, desorientado y curioso, entre sonriente y fastidiado, sin atreverse a prevenir de antemano un gesto ni una palabra oportuna.

Isabel se abrazó a su padre y Carlos que le recordaba bien, se presentó a sí mismo, siendo recibido por don Homero con gran afabilidad y preguntas por su padre, a las que Carlos no supo responder.

Isabel se sentó sobre las rodillas de su padre y le narró el percance automovilístico, cómo no podía regresar ni comunicarse con la ciudad y (sin entrar en detalles) cómo se había encontrado, *casualmente*, con Carlos y éste le había ofrecido techo, comida y protección.

Escamóse don Homero al unir los preámbulos de doña Clara con el cuento de Isabel, pero no quiso dar más trascendencia al asunto y dió las gracias a Carlos, invitándole, además a que almorcara con ellos.

Continuó la muchacha, sin dejar levantarse a don Homero:

—Carlos y yo estamos de novios desde ayer; y pensando en casarnos pronto... ¿qué te parece?

Don Homero dió uno de los bufidos que acompañaban las tonterías de su esposa. Y luego:

—Pero, chiquilla! — dijo borbotando un poco las palabras — eso no puede decidirse así, de pronto. Tenéis que pensar mucho, conoceros...

—Nos conocemos perfectamente — interrumpió Isabel.

El padre recordó aquí el sentido bíblico de la palabra *conocer*: "Adán conoció a su mujer por segunda vez y ésta tuvo un hijo..." Quedó callado, invitando con la mirada a que Isabel siguiera hablando. Ella continuó:

—Además, es necesario. Tú podrás ayudar a Carlos. El te puede servir a tí de mucho. Tanto como has lamentado no tener un hijo que te ayudara. Ahí lo tienes...

Y señaló al salvaje que permanecía silencioso, retrepado en su butaca, con los ojos cínicos, medio azorados.

De un bote, don Homero lanzó a Isabel lejos de sí. Ella tuvo que guardar difícilmente el equilibrio para no rodar por la alfombra. Don Homero, entre otros vocablos entrecortados, señalando la puerta como una estatua de orador decimonónico, pronunció sin gritar su discurso. El primer discurso paternal en estos casos, generalmente:

—Tú, hija mía! ¡quién me lo iba a decir! Si has tenido alguna relación íntima con ese hombre, podéis salir los dos inmediatamente de esta casa. No te quiero ver más.

Carlos vió el cielo abierto con esta invitación tan decidida a salir. Vió su vida de cam-

po renacer; y en compañía de ella. Cogiéndola del brazo se dirigió a la puerta. Y comenzaron a bajar las escaleras.

Lo que pasó entre don Homero y doña Clara no lo oyeron. La señora debió suplicar a su marido con tanta fuerza que, sobre todo, al salir de su boca la palabra "escándalo" don Homero se asomó al balcón y llamó a los dos muchachos para que volvieran a subir. Y así lo hicieron, no sin cierta resistencia por parte de Carlos.

En un preámbulo conciliador, don Homero determinó que aquello no podía trascender afuera más de lo que ya iba a trascender por el hecho de realizarse un matrimonio tan esperado y por conocer mucha gente la ausencia ignorada de Isabel la noche anterior. Determinó también que él daría a Carlos un puesto en su oficina, allí en la misma ciudad y a los dos un piso en su propia casa. Se trató de la celebración de la boda, hasta en sus más leves detalles, como la confección de algunos trajes para Carlos que "estaba hecho un Adán" y un viaje de novios "larguito a París, por ejemplo" para alejar de la ciudad las primeras semanas). Todo quedó a pedir de boca para Isabel. Para Carlos, que estaba dispuesto a ceder en el compromiso y a no separarse de ella, los asuntos no tuvieron una solución ideal, pero aceptó la que se le ofrecía. Se fué aquella noche a un hotel. A los diez o doce días, después de manifestarse juntos en público los novios, se celebró la boda y en el tren que había de llevarlos a la capital del Sena, Isabel y Carlos se hallaron solos nuevamente, con campo abierto para su amor, alejándose por unas semanas al menos, de aquella gente cuyo contacto tanto les había dado qué hacer los días anteriores.

□ París distrajo a los recién casados. Pero Carlos se cansaba de la vida bullanguera y rápida y decidieron salir en excursiones diarias a los alrededores. Tomaban el tren eléctrico unas veces en Saint-Lazare, otras en Luxembourg y se lanzaban a Saint-Cloud, a Sèvres, a Saint-Germain. Luego pensaron ir un poco más lejos. Llegaron a Ville-d'Avray, y pasaron un día entero con su noche en el Hotel du Parc. A la mañana, casi amaneciendo, salieron a pasear por los bosques y corrían por ellos jugando a esconderse en las espesuras.

—¿Ves tú? Esta es la vida que a mí me gusta. Cerca de una gran ciudad, y en pleno campo — decía Isabel.

—Y a mí también. Lo irresistible es aquella provincia donde vivíamos. Donde tendremos que vivir...

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
, STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

—Será por poco tiempo. Ya verás. Arreglaremos las cosas para que te manden a una fábrica.

—Va a ser demasiado pedir, Isabel...

—Bueno. Dejémonos ahora de pensar en eso. ¿Me quieres? —y entornaba los ojos, esperando con los labios entreabiertos.

—And how!...

Y Carlos la estrechaba, besándola hasta caer los dos sobre el pasto.

Al otro día llegaron más lejos todavía de París. A Dampierre. Se hospedaron en un albergue, aromado con todos los prestigios antiguos y en franca comodidad moderna de restauración. El pueblo se ceñía a las faldas de una colina verde, desde cuya cumbre se veía, cercano y entero, el castillo con vida de jardines y bosques del duque de Luyne, aquel favorito halconero que por su manejo en el arte del azor alcanzó los más altos puestos cortesanos. Un parque amplio, dividido en líneas amarillas por las avenidas rectangulares, se perdía en su final, confundido con un alto bosque, trepador a otro cerro frontero, cuajado de árboles altísimos.

—¡Cómo sabían vivir aquella gente! — exclamó Carlos tumbado sobre la alfombra de yerba.

—Que te crees tú eso... Los tenía absorbidos la corte con sus cerrazones.

—Pero venían acá, largas temporadas, a refocilarse en campo abierto. Aquellas cacerías debían ser algo fantástico...

—Sin aislamiento. En pelotón. Y llenas de cortesanía. No son los hechos como los imaginamos, sino más reales.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que la vida no se vive nunca como uno quiere...

—Bah, bah! — cortó Carlos bostezando.

—Me lo dices para prepararme a lo que me espera?

—No precisamente para eso.

—Bueno. Todo está en que prescindamos de los demás y hagamos lo que nos dé la real gana.

—Si se puede, Carlos. No creo que vayas a estar luciéndote en toda ocasión cuando volvamos. Tendrás que ceder... por mí.

—Hasta donde pueda yo llegar en cesiones y no más.

—Bueno. No hablemos de eso...

Este era el truco de Isabel para cortar las leves disputas que se iniciaban cada vez que Carlos se mostraba rebelde ante el futuro próximo. Esta vez no le dió tanto resultado. Carlos siguió hablando:

—Nó. No creas que vas a hacer de mí un societario, en el mal sentido de la palabra. No voy a pasar por alto aquellas cosas que me resulten ridículas.

—Y no será más ridícula tu actitud de rebeldía intempestiva frente a ellas?

—Para mí no y eso me basta.

—Estoy viendo que a quien dejarás en ridículo será a mí. La mujer es la que pagará el pato...

—Si la mujer reconoce la razón del hombre, del suyo; si lo ama lo suficiente para comprender ciegamente, esa razón, no puede quedar en ningún ridículo. Para mí no lo será. Para tí que eres mía, tampoco debería serlo...

—Bien, hombre. No te exaltes. Se hará lo que quieras. — Y enlazó con ternura el cuello de Carlos.

El se quedó silencioso, pensando quién sabe qué cosas. Isabel le animó.

—Anda. No pienses tonterías. No te he dicho que tú mandarás?...

Al decir esto le quedaba el resollo interior de que ella sería la que mandase, por amor también. Al fin, Carlos comprendería...

La Chilena *Consolidada*

Vida

Incendio

Pólizas de Previsión

Aquella noche cenaron en el albergue alegramente y luego, olvidando diferencias, alegraron su cuartito rústico y limpio, con el maravilloso canto del amor triunfante.

Pasaron los días, volvieron a su tierra y Carlos comenzó a trabajar de secretario de don Homero. Su cultura, aumentada con las lecturas y estudios de su vida campesina, y su despierto manejar de los asuntos en cuanto entraba en ellos, causaron en el suegro admiración que se tradujo en necesidad. Pero lejos de manifestársela, le trataba sin afectuosidad, un poco secamente, sin exageración, aunque dentro de la más estricta justicia y aún alabanza de lo que la merecía.

Carlos se iba acostumbrando al trabajo, incluso al ambiente oficinal. Le desagradaba al principio extraordinariamente, luego un poco menos. Lo toleraba sin grandes esfuerzos. Salía del despacho contento de ganar y más que nada para volver a encontrarse después de tres eternas horas, con su Isabel.

Por lo que no entraba de ninguna manera era por el ambiente social, al que Isabel quería ir llevándole despacio. Un té al que asistió se le hizo insopportable. Dos o tres reunio-

nes las cortó antes de tiempo, pretextando que haceros. Isabel salía con él, eso sí; pero le reprochaba por el camino de vuelta que no la dejara distraerse.

—¿Y qué más distracción — le decía Carlos — quieras tú que la que yo te dé? A mí me basta contigo y conmigo y no necesito más.

Un día fueron invitados a una gran comida, con baile. Carlos se resistió a ir. Isabel luchó hasta conseguirlo.

Había que ver al muchacho en lucha terrible con la pechera almidonada y el alto cuello "de palomita". La esposa le ayudaba, solicitaba y aprendió a hacerle el lazo de la corbata, acto que él no conseguía ni siquiera iniciar...

—Nos vendremos temprano, eh? Yo no resiste mucho tiempo en esas conversaciones sin conversación.

—Bueno, hombre, bueno. Yo no iría tampoco si no fuera un compromiso. Son tan amigos de casa, tan atentos... El, además es socio de papá en las minas del Oeste. Tenemos que ir. Sé bueno...

—Y nada de baile, por supuesto. Yo no hago el ganso.

—¡Carlos!

—¿Qué? Sí, sí. Nada de bailoteo. No conseguirás que yo dance.

—Pero me dejarás a mí.

—Tampoco, Isabel, tampoco. Parece que no conoces mis ideas...

—Si las conozco. Pero hay casos en los que...

—No hay casos.

—¡Sí hay casos! No voy a quedarme sentada toda la noche.

—Yo estaré contigo.

—¡Puah!

—De modo que no te basta estar conmigo! Vaya un amor! Bueno, Yo no voy a esa cena.

Y de un tirón se arrancó la corbata, deshaciendo la obra en que Isabel había empleado un cuarto de hora. Tendióse a lo largo en una banqueta.

—Carlos, que te vas a arrugar el cuello y la camisa!

—¡No voy a ir!

Unos cuantos besos y caricias de Isabel realizaron la obra de contraria la decisión de Carlos.

—Bien está. Vamos pero ya sabes lo que te he dicho.

—Perfectamente. No tendrás queja de mí. Soy tu esclava porque te adoro!

Y se colgaba del cuello de Carlos.

GINGER ALE
C.C.U.

CIA CERVEZERIAS UNIDAS

—Ahora no se va a arrugar el cuello, ¿verdad, niña? . . .

Tras una nueva labor ardua de confección de lazo en la corbata salieron en el auto ya compuesto, a la fiesta que los esperaba.

—Vaya con estos dos niños enamorados, sin separarse ni un segundo. Si lo llego a saber los coloco juntos a la mesa. ¡Lo habrán pasado tan mal separados!

—Vamos ¡a bailar, animarse! Isabel, quiere Ud. bailar conmigo?

—¿Será necesario que yo, siendo una muchacha, le saque a bailar, Carlos?

—¡A separarlos, a separarlos!

Estas frases cercaban a nuestra conocida pareja en el salón, después de la comida. Isabel las recibía con una sonrisa y algunas excusas mal hilvanadas. Carlos, con una seriedad y un ceño que presagiaba para él mismo un desenlace inesperado.

—Pero, ¿por qué no bailas con Alfredo, Isabel?

—Parece que no se lo permite este turcomán de su esposo . . .

—Bueno. No agriemos las cuestiones. Carlos, Ud. debe ceder en esto. Se van a reír de Ud.

—Poco me importa, señora — gruñó Carlos.

—Pero si ella quiere bailar, la dejará?

Carlos cifró toda su confianza en esta salida. Habiendo advertido a Isabel de antemano, ella sabría decir por su parte lo que correspondía. Esforzó una sonrisa que le salió agria como una fruta verde y contestó, mirando al techo:

—Si ella quiere bailar, que baile . . . No creo que le agrade. La libertad social . . .

Alfredo, un currutaco tie-

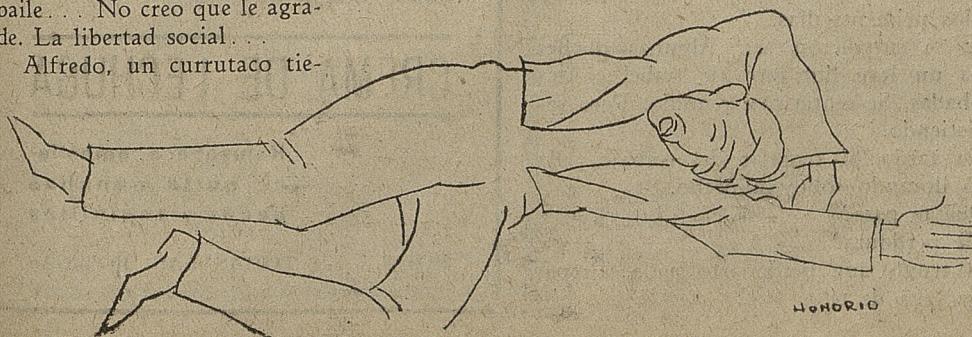
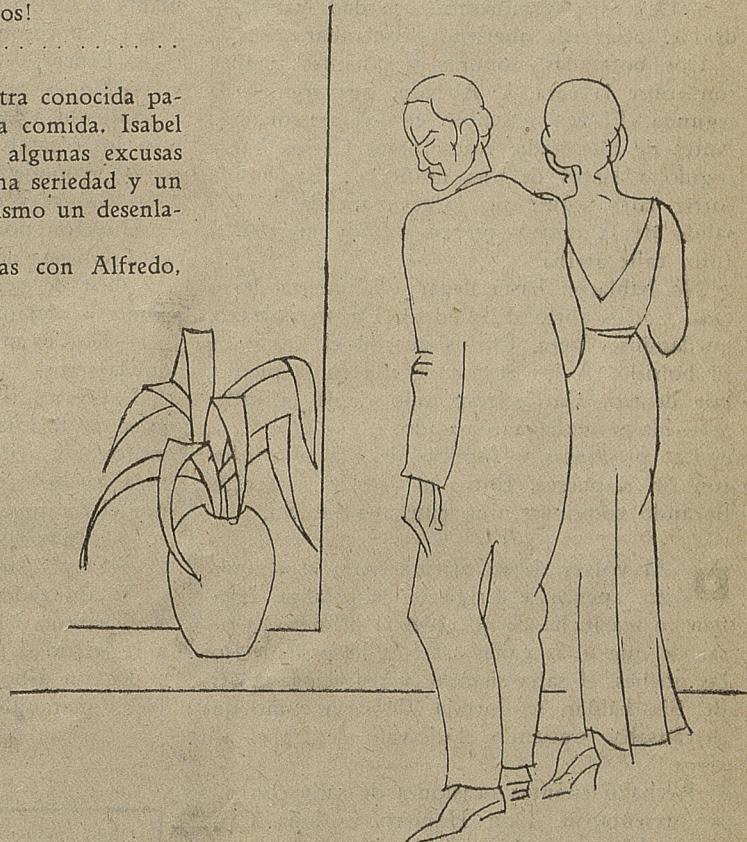
so y ridículo, famoso danzarín, se inclinó ante Isabel:

—Ves, Isabel, tu marido no se opone. Bailaremos.

Isabel se acogió a las últimas palabras de Carlos para salir de aquel atolladero social en que estaba. Tenía ganas de *quedarse bien*, de no hacer el ridículo ante la gente. Y ganas de bailar, también.

—Bueno. Conste que con tu permiso . . .

Y dejándose ceñir el talle por el gurrumino, salió al centro del salón y comenzó un tango. Alfredo adornaba las posturas y los pasos, inclinándose sobre su compañera estirando la



pierna como un soldado de cartón. Una sonrisilla de triunfo le brillaba en los labios, bajo un bigote de pelusa de pichón. Le decía cosas en voz baja, como en una intimidad riente y desaprensiva. Tonterías, por supuesto.

Todos se pararon a mirar aquel baile que tanto trabajo había costado conseguir.

Carlos tenía la sangre subida a la cabeza. Se levantó lentamente y se dirigió a la pareja que bailaba.

—¡Va a bailar con su mujer! No. Escoja otra... —dijeron varias señoras.

Las palabras se perdieron. Carlos separó a Isabel de Alfredo.

—Deja que terminemos, ¿verdad Isabel? —dijo el pisaverde queriendo continuar.

Dos bofetadas, sonoras y potentes estallaron sobre la cara de Alfredo, que rodó a la segunda. El eco retumbó en los artesonados. Antes de que nadie reaccionara, Carlos había cogido a Isabel de una muñeca y haciéndola correr para seguir sus largas zancadas, había salido de la casa y puesto a toda marcha el auto, calle arriba...

No hablaron hasta llegar a la puerta de su casa. Carlos abrió. Ella entró. De un portazo, quedándose fuera, Carlos guardó el llavín en su bolsillo. A los golpes de ella en la puerta, por dentro, Carlos respondió desde la calle:

—Hasta mañana o pasado.

Las preguntas y súplicas de ella se perdieron sin respuesta. Entró al piso y se acostó, llorando como un niño con una rabietita.

■ Al volver de su oficina, para el almuerzo, apenas se dirigieron la palabra. Estaban en esa lucha de no ceder el primero, a pensar de que unas ganas secretas lo pedían. Por las noches, él salía siempre y regresaba ya tarde. Sin hablar, se dormía. O hacía como que descansaba, sintiendo el desvelo de Isabel allí cerca.

Rechazó cuántas ocasiones de salir con ella se presentaron. Don Homero y doña Clara demandaban a su hija explicación de los motivos de aquel silencio. En la oficina — afirmaba el padre — estaba normal, sin diferencia con los primeros días.

Veinte se sucedieron así. Algunas noches escuchaba un leve lloriqueo de Isabel contra las almohadas. Se sentía casi rendido. Pero seguía resistiendo.

Y una tarde, al regresar del trabajo, ella se arrojó llorando sobre su pecho.

—¿Qué te pasa?

—¿Me perdonas?

—No tengo que perdonarte nada. Prepárame una taza de té.

—Dime antes que me perdonas...

Carlos resistió sólo un momento. Despues, cogiendo entre sus manos la cara de Isabel, mirando hasta adentrarse en los ojos cuajados en cristal de lágrimas, le preguntó:

—¿Harás lo que yo quiera siempre?

—Siempre. No puedo vivir así. —(Se le ahogaban los finales en un sollozo).

—¿Empezando ahora mismo?

—Empezando ahora mismo...

Carlos sacó de un ropero su pantalón blanco y su camisa de tennis. Dejó el traje que llevaba y se colocó al desgaire, cuello abierto y mangas enrolladas, su vestimenta inolvidable.

—Ven conmigo.

—Espera. Voy a ponerme el sombrero.

—No es necesario. Ven.

Salieron a la calle. El roadster, mudo y vacío, los esperaba.

—¿Adónde vamos?

—Súbete y calla.

Huyeron por los caminos, hasta llegar a la roca enhiesta donde la caseta esperaba, en franco abrir de ventanas su regreso. Todo estaba como lo dejaron.

—Este es mi sitio, nuestro sitio y aquí nos quedaremos.

Isabel no contestó. Sentóse en la yerba y miró la lejanía del mar. Carlos sacó el gramófono y colocó bajo el diafragma "Roses of Picardie". La música empezó a extenderse por el campo silencioso.

—¿Estás contenta?

—Pues, claro, amor.

Y abrazados, entre las campanas perdidas y el rumor del viento en los pinos, volvieron a la felicidad primitiva.

En un árbol alto, un mirlo desgranaba sibidos maravillosos.

José María Souvirón.

Para conservar joven
y hermoso el cutis
nada mejor que la

CREMA DE LECHUGA

Rejuvenece, embellece; quita manchas
pecas y espinillas

PÍDALA EN TODAS LAS BOTICAS

LA CIENCIA AL DIA

En las fronteras de la ciencia

EN la marcha de la investigación científica, hay descubrimientos que prometen revelar el pasado o modificar el porvenir, revolucionar una industria o cambiar la dirección del pensamiento contemporáneo, curar un mal o aplicar un misterio de la naturaleza. Son pocos los que pueden ser convertidos inmediatamente en algo "práctico", y con frecuencia muchas inteligencias deben ocuparse por años y años antes de moldear una idea en un invento o descubrimiento efectivo. El tiempo es, por consiguiente, la piedra de toque. ¿Cuáles son por lo pronto los hallazgos científicos que prometen un desarrollo futuro considerable?

En el Noroeste del Canadá acaba de descubrirse unos depósitos de brecha que contienen una riqueza en radium, al extremo que algunas muestras han dado entre 4.000 y 10.000 dólares del precioso metal por tonelada de mineral. De estos resultados hay que deducir, naturalmente, los fuertes recargos por transporte, refinación y distribución.

Un investigador de la Universidad de Yale, Estados Unidos, Mr. Cunliffe Barnes, expone la teoría de que el agua de los deshielos que

siguieron a cada uno de los Períodos Glaciales de la tierra, puede haber sido la causa de la aceleración evolucionista que se nota en los períodos intermedios. Esto se completaría con la observación de que la misma rapidez en la evolución de la vida animal y vegetal se nota hoy en las regiones heladas vecinas a los Polos del planeta. Cada invierno traería una pequeña Epoca Glacial para esas regiones. El experimento de Mr. Barnes se hizo con tres clases de agua: el primero con agua cuyas moléculas se hallan en estado libre, tal como en la forma de vapor; el otro con agua común en la cual las moléculas se hallan apareadas, y el último con agua que contiene trihydrol, o sea hielo recién fundido. Aplicando estas diferentes clases de riego a otras tantas muestras de Spirogyra, una planta microscópica que se encuentra en el agua dulce, se pudo comprobar que su crecimiento era incomparablemente más vigoroso con el agua proveniente del hielo.

Los doctores Otto Rygh y Per Laland, de Noruega, han demostrado que la vitamina C se deriva de un veneno contenido en el opio. La sustancia de donde proviene la vitamina que nos libra del escorbuto, es la narcotina, uno de los alcaloides tóxicos que se encuentra en el opio y análogo a la morfina, aunque no posee sus virtudes narcotizantes. La narcotina se transforma en vitamina durante el proceso de madurez de las frutas y los vegetales. El experimento concluyente se hizo con dos grupos de cuyes a los que se les alimentó separadamente con narcotina pura y con narcotina que había estado expuesta a los rayos ultra-violeta. Todos los cuyes murieron más o menos al mismo tiempo; pero aquellos que comieron la narcotina asoleada, no tenían demostraciones de escorbuto, y los otros sí. Se descubrió que un derivado de esa sustancia, la methylnor-narcotina, puede prevenir el escorbuto, y que la narcotina misma puede adquirir esa virtud sometiéndola a la acción de semillas en proceso germinal.

En Rochester, estado de Nueva York, se ha conseguido obtener una clase de placas fotográficas que "ven" el calor. Estas placas toman fotografías en la oscuridad, y gracias a ello ese arte tanto como la espectroscopía saldrán beneficiados. El Dr. Kenneth Mees descubrió en su laboratorio un nuevo tinte para

(Termina pág. 37)

Flores de Pravia

La pasta dentrífica

FLORES DE PRAVIA

limpia y embellece los dientes y perfuma el aliento.

Usar mañana y noche la pasta "FLORES DE PRAVIA" constituye un placer y una necesidad saludable.

Precio del tubo:

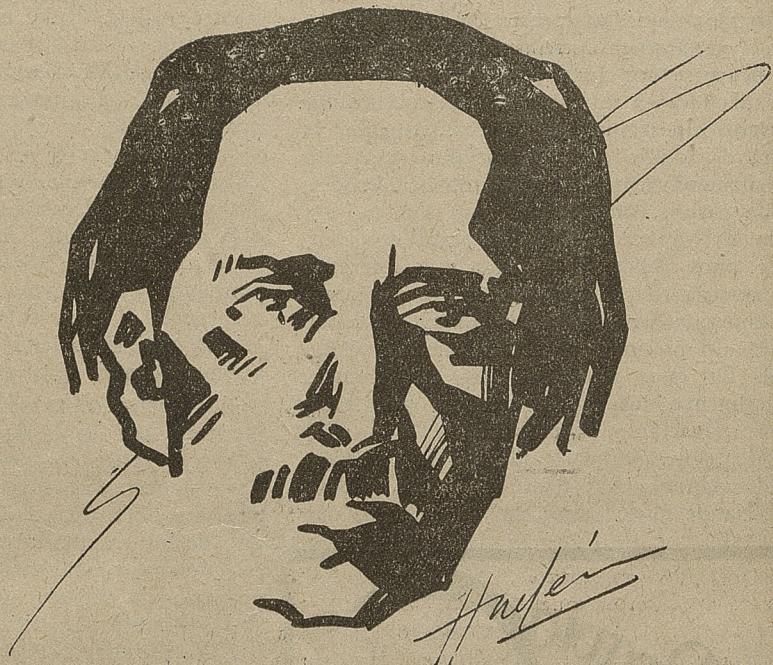
A tube of the product is shown at the bottom left, with a price tag of \$2 next to it.

Gente Nuestra

Una noche gloriosa de ACEVEDO HERNANDEZ

Por ENRIQUE BUNSTER

Cuando estrenó su primer drama, en el teatro no creyeron que era él el autor, porque iba muy mal vestido. — Una ovación. — Rasgos del autor de *Las Brujas*.



CUANDO Acevedo Hernández presentó en Santiago su primer drama campesino, — que era su primer ensayo en el género y a la vez la primera obra criolla que se escribía en el país, — contaba apenas unos veintiséis años, y su apariencia era la de un trabajador muy humilde. Llegaba a la capital tras una vida azarosa y aventurera en que hizo de carpintero, labrador, vendedor ambulante y cuando menos de trótamundo y hambriento. Vestía, — y esto lo recalca él mismo en sus evocaciones, — una ropa burda entre la que descolgaban una camiseta rayada y unas gambas que habían recorrido medio Chile. Estaba cerca del analfabetismo, y puede decirse que sus armas de entonces se reducían al entusiasmo y la altivez.

"En el rancho", qué es la obra a que nos referimos, era una pieza que, aunque escrita a base de intuición literaria y gramatical, contenía el mérito de enseñar sencilla y cruda-

mente la vida de los campesinos. Nunca hasta esa fecha, — año 1913, — se había tocado la rica materia de la existencia del campo. Aquel mozo venía, pues, a marcar un rumbo y a crear una nueva época para el teatro nacional.

Pero no se crea que llegó sin lucha al trancé del debut. Entre nosotros los prestigios literarios se consiguen con el apoyo del compadrazgo y la crítica amiga, y Acevedo, que venía sólo y no conocía a nadie, debió vencer una cordillera de obstáculos. Nadie creía en él: un sinnúmero de empresarios y entendidos le devolvieron sus originales después de hojearlos apenas, y ni una palabra de estímulo llegó a sus oídos.

Fué preciso que acudiera a un poeta sensible y bondadoso, — aquél Gómez Rojas, más tarde víctima del crimen legal, — para que su anhelo entrara en vía de realización. Gómez Rojas fué quien le hizo notar sus cualidades

y vislumbrar su porvenir, y llegó su desinterés a proponer al muchacho la formación de una compañía.

Tras pacientes preparativos, la tal compañía levantó su telón en un teatro de suburbio, — el Latorre, — y una noche que para Antonio es memorable, se ofreció al público el espectáculo de "En el rancho".

Resultó un éxito que nunca ha podido repetirse. Tan bien retratado se encontró el pueblo en el drama, de tal manera se representaban en él los problemas y las angustias de la clase baja, que, al terminarse la función, la sala temblaba, se estremecía... Nadie quería irse sin que la obra se repitiera inmediatamente. Hubo de salir a escena el empresario, quien explicó que los actores se hallaban muy cansados y que no era posible tamaño bis.

Entonces, en un solo grito, la concurrencia llamó al autor, parándose en los asientos y lanzando los sombreros.

Después de mucho cavilar, Antonio se resolvió a acceder, y apareció en el proscenio con sus ropas plebeyas y un humano contento.

La ovación redobló, y hubo quienes pidieron se le llevase en andas por la Avenida.

Los hombres, que a veces saben aquilatar los triunfos del prójimo, estaban verdadera-

PISOS RELUCIENTES CERA "PRESERVOL" CIA. CONSUMIDORES DE GAS. STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

mente emocionados. Las mujeres, con su comprensión tan especial de las cosas, se reían del joven y comentaban muy alegres su pobre indumentaria. En un instante en que se hizo el silencio, una señorita de primera fila comentó en alta voz: "¡Usa zapatos con ventiladores!" Acevedo la oyó muy bien, y, picado, avanzó hasta las candejas y respondió: "Señorita: los dramas, por fortuna, no se escriben con los zapatos".

Pero éste no fué el único incidente que su vestimenta le ocasionó aquella noche. Ya al entrar en el Teatro había tenido que arrugar el ceño contra el inspector. "Soy el autor, y tengo entrada libre", — había dicho. Pero nadie le creía. "El autor, — le respondieron, — entró hace rato. Es un señor decente, con cuello y corbata..." Y el futuro creador de "Caín" y "Las Brujas" tuvo que aguardar a que viniera el empresario en su ayuda.

Enrique Bunster.

EN LAS FRONTERAS DE LA CIENCIA...

(Viene de la págs. 35)

las placas que es capaz de impresionarse con los rayos infra-rojos, aquellos rayos cuya longitud queda fuera del poder visual del ojo. De esta manera fué posible tomar la fotografía de una plancha caliente en la obscuridad. Tres hombres de ciencia del Bureau of Standards de Washington se pusieron inmediatamente a la obra de constatar las líneas espectroscópicas de treinta y seis elementos químicos. Estas constataciones las efectuaron percibiendo ondas cuya longitud queda entre las 9.000 y las 11 mil unidades de Angstrom. Las placas sensibilizadas con la nueva sustancia registran una ancha banda de luz invisible proveniente del calor, y poseen además la ventaja de ser de cien a mil veces más rápidas que las placas hasta hoy conocidas para fotografiar los rayos infra-rojos. Con ayuda de ellas los astrónomos

han podido reconocer las líneas espectroscópicas del hierro en las estrellas conocidas como B y F.

El nombre del nuevo tinte es zenocyanina y revela más del espectro que la dicyanina, descubierta en 1926. Las placas deben ser puestas en hielo poco antes de usarlas, pues el metro calor que se desarrolla en una caja a la temperatura normal es suficiente para empañarlas.

Escombros descubiertos en una isla de la península aleutiana, en las costas de Alaska, indican el sitio donde estuvo la primera ciudad de América en la época prehistórica en que las tribus asiáticas pasaron a nuestro continente por el paso de Behring. El Dr. Alex Hardlicka, curador de antropología del Museo Nacional de Washington, ha hecho excavaciones que dejaron al descubierto esqueletos humanos y útiles domésticos de piedra, de hueso y márfil. El depósito más grande de desperdicios ocupa una área de cuarenta acres, y por la condición de los despojos, indica que los primeros habitantes de América eran antropófagos.

W. D.

PISOS RELUCIENTES CERA "PRESERVOL" CIA. CONSUMIDORES DE GAS. STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.



VIAJES Y LATITUDES

EL MONTE SINAI

EL monte Sinaí, el bíblico Horeb, el Monte de Moisés, como le llaman los árabes, el Monte Santo, donde el gran patriarca y legislador del pueblo de Israel, recibió del Señor las Tablas de la Ley, forma parte de un grupo montañoso de la península que le ha dado su nombre, poblado desde muy antiguo por tribus nómadas que los egipcios llamaron *situs* o *sasus*, gentes dedicadas al merodeo y de los cuales no hacen mención los monumentos hasta la dinastía de los faraones.

Snofru hizo la guerra a estas tribus y penetró hasta el fondo de la península. En aquella ocasión comenzaron a explotarse por cuenta de Egipto las minas de cobre y de turquesas. Pepi I, de la VI dinastía, recobró los establecimientos de Sinaí, perdidos por los sucesores de Cheops, y durante la XII dinastía se construyeron fortalezas. Mucho tiempo después de haber vivido allí Moisés con los israelitas penetró Saúl en la península sinaítica persiguiendo a los amalecitas, y más tarde aún huyó al Horeb el profeta Elías perseguido por Jezabel.

A parte de estos acontecimientos, no registra la Historia ningún hecho notable hasta los

comienzos de nuestra Era en que se pobló de ermitaños y anacoretas la península. De esta época se conservan muchos restos de habitaciones; en el oasis del Nadi Feiran existen ruinas de una basílica que formó parte de la ciudad de Farán, en la cual residía un obispo. El macizo del Horeb y las inmediaciones del Sinaí fueron también centros de población. Los ataques de los beduinos se hicieron tan frecuentes y terribles, que el emperador Justiniano mandó construir en el año 527 las formidables murallas que al pie del Monte Santo defendían el convento de Santa Catalina y servían de refugio a los religiosos, y no tardó mucho ser éste el único lugar habitado por los cristianos.

En la primera de nuestras fotografías tomadas recientemente, se ve la cumbre del Sinaí desde el llano llamado de los Cipreses, y a la izquierda se divisa una capilla dedicada por los devotos a los profetas Elías y Eliseo.

La segunda fotografía es una vista del lado Sur del recinto del monasterio. Una escalera llamada de los Peregrinos, con más de 3.000 peldaños formados por grandes trozos de roca, conduce desde el convento, pasando por una pequeña capilla, a la plataforma de la cúspide de la montaña desde la cual se contempla un panorama que aunque poco extenso tiene verdadera grandiosidad.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

CORREO DE EUROPA

D'HALMAR SE REFIERE AL LIBRO "PALABRAS de AMOR"

ROBERTO Meza Fuentes, el autor del primer "Cuaderno de Poesía", ha recibido de Augusto D'Halmar la carta literaria que publicamos a continuación:

Yuste, 16 de febrero de 1933.
Querido Meza Fuentes:

De muy lejos, como usted dice, me vienen su simpatía y su libro y me entran muy adentro. Es más de música ese cuaderno de poesía y más que contado me ha contado su secreto a voces o mejor a sotto voce. Me gusta todo, aunque haya versos que se me repitan como una cantilena o como una cantinela. Así esa última admirable estrofa de *Tu sombra desde "madre desconocida, yo sé que tus acciones, eran más humildes y puras que este montón de versos; sé que tus emociones"* hasta el ritornello de

"¡Oh, milagroso árbol de ramas alargadas, mis poemas son sombra de tu sombra encantada".

Así esa otra de "en tu actitud luminosa" hasta "para que sueñe tu vida" y más allá aún "escuchas y no me oyes" hasta "tú entera estabas mirando y oyendo y no comprendías".

Después vienen canciones enteras que se repiten como eso, como una canción; tales *La Niña de Oro, Dulzura, Contigo, Niño, Niño en la Ronda, Todo* y entre todas y sobre todas *Mía*, la última, sin dejar atrás esa estrofa de

"La estrella de plata en la fuente esperando da un claro cantar;
el arco dorado del árbol
de nuevo quisiera brotar.
Mañana llegará la niña
que trae en los ojos el mar:
el camino, la fuente y el árbol
y su amigo la van a esperar".

Yo no sé hacer crítica y me alegro de ello porque así he podido oír sencillamente esa música sencilla. Acaso a usted mismo le enfade que para contárselo no sepa sino repetir sus propias palabras; pero así es como si usted me sorprendiera leyéndole y no escribiéndole.

¿Cómo y por qué he podido ganarme su simpatía, que tanto aprecio? Yo, que tanto peleé por esta República de España, aprecio desde antiguo a quien supo hacerlo por devol-

'He oído sencillamente una música sencilla', dice el gran escritor chileno en una carta que envía desde España al poeta Roberto Meza Fuentes.

verle su republicanismo a Chile. Y esto usted sabe que no es política, ni puede serlo de mí a Ud.

Me agradaría conocer sus notas

Más Afuera 1928. Por entonces acá también estábamos más afuera. Mi dirección de Madrid es invariable, aunque me pasé largas temporadas en este retiro augusto. Escríbame si he logrado hacerle sentir algo de lo que me hizo sentir Ud. He mirado su rostro, después de haberme mirado en sus versos. Es el de un mozo triste, en tanto que voy siendo yo alegremente viejo.



Roberto Meza Fuentes

Adiós o hasta luego, que es mi saludo de siempre para mis amigos. No me olvide. Tienen Uds. el deber de saber que vivo, aún, aún después que haya muerto. Y, a fe mía, lo cumplen Uds. ese deber, pues cada vez me siento más rodeado por los verdaderamente míos, no "de los míos".

(Termina en la Pág. 43)

LA JOVEN PINTURA ESPAÑOLA

He aquí unos cuadros que representan justamente el movimiento de renovación que ha emprendido la pin-

tura española, guiada por los jóvenes artistas, que no se conforman ya con fotografiar la naturaleza, colorarla y decir después: esto es un cuadro.



ARRIBA.—Izquierda: Don Ramiro, de Salaverría; al centro: País del Sur, de José Aguiar; derecha: Paisaje con animales, de Tomiteo Pérez Rubio.

ABAJO.—Izquierda: Inválido, de Verdugo Landi; derecha: Cobertizo, de Francisco Llorens.



Específicos del Laboratorio Chile

Los más seguros — Los más baratos — Los mejores

Jabón Boraxol, Agua Colonia Quimera

PIDALOS EN TODAS LAS BOTICAS

V. 14.—O. 226

RETRATO DE UN ARTISTA

Ernest Ansermet y la música contemporánea

Por Pablo Garrido

EN TRE los numerosos directores de orquesta europeos el nombre de Ernest Ansermet brilla opulentamente. Su labor hacia la divulgación de las obras de los músicos contemporáneos es única, y fácilmente comprenderemos su valor al recordar que no sólo Igor Strawinsky sino muchos otros compositores le han dedicado composiciones de altos méritos.

Suizo de nacimiento, su personalidad está ligada a todo el arte europeo y aunque Ginebra y su pequeña orquesta le guardan por unos cuantos meses cada año, Ansermet está vagando por todo el mundo, llamado de aquí y allá, para dirigir o estrenar obras nuevas en New York, en Buenos Aires o en Londres.

Vicente Huidobro nos invita una tarde a su casa para encontrarnos con el Maestro. En un ambiente apropiado, entre artistas como Elena Cid, la notable pintora argentina; Acario Cotapos, el músico chileno de más alto vuelo, y otros no menos interesantes, la figura de Ernest Ansermet se alza con serena majestuosidad. Fino, inquieto, de mirada profunda, escuchamos su voz amable, dominando perfectamente el español, auscultando todos los panoramas del arte de nuestra época.

La charla se hace más intensa de momento a momento. Entre preguntas y comentarios va escanciando su alma, su sabiduría.

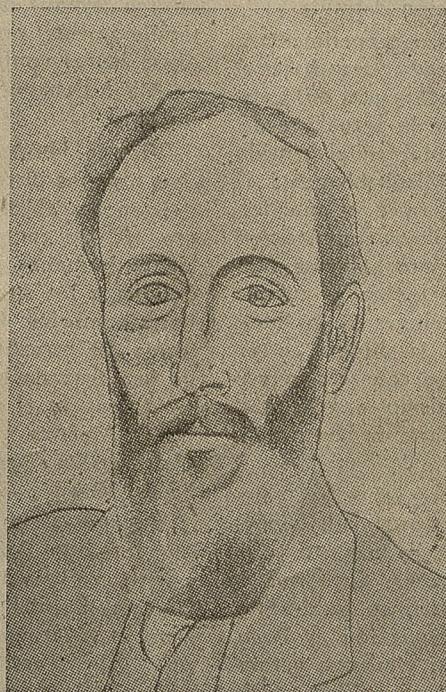
Para él es más importante el qué en una obra de arte, que el cómo. Así cree que no importa a través de cuáles medios un artista se expresa, es lo que la obra dice aquello que tiene la importancia vital. En el caso de "Le Sacre du Printemps" la manera de tratar el material folklórico es menos importante que el resultado de dicha colaboración.

"Strawinsky, nos dice, "piensa en voces humanas al instrumentar". Cuida el registro de los instrumentos como lo haría con las tesituras vocales, nunca exagera las posibilidades de las voces. Es la razón poderosa que dá ese luminoso brillo a su orquesta. Strawinsky no busca el "color". Conociendo a fondo las posibilidades de los instrumentos, y sabiendo cuándo y porqué conviene "abusar" de esas posibilidades, habrá como resultante un sentido especial de "colorido". Al ser concienzudamente tratados los timbres crean por sí solos una atmósfera brillante.

Interesados en el último aspecto de la obra del ruso genial interrogamos al Maestro. "La nueva manera de Strawinsky", declara, "es la proyección de su labor anterior". Trabajó hasta el máximo el sentido brillante y opulento en matices hasta llegar a una pureza o depuración perfecta, que es fácil de apreciar en los recientes "Concertos" de Piano y Violín y en la "Sinfonía de los Salmos" (dedicada a Ansermet). Rechaza la luminosidad primitiva por un estilo reposado, donde juegan no la habilidad y el vigor, sino la conciencia del artista que ya ha culminado el virtuosismo. Luego nos agrega: "Strawinsky, además, es ya un hombre maduro".

Ansermet cree poco en el porvenir de la música francesa actual. Considera que tanto Milhaud como Honegger especulan. En sus obras hay la libertad tonal absoluta. Un acorde se enlaza al más remoto solo por la existencia de una nota común.

"Yo creo que sólo al oír por primera vez en la orquesta sus obras tienen una idea de lo que han escrito", afirma Acario Cotapos con toda oportunidad. Ansermet rememora los días tempestuosos que siguieron a la música fran-



Ernest Ansermet

cesa después de la guerra, a las luchas formidables de los muchachos del grupo de "Los Seis", al buen Erik Satie, a los cielos preñados de promesas que se les abrían a todos esos entusiastas músicos jóvenes. Revisamos la labor de otros artistas de países diversos, las innumerables tentativas, las diferentes escuelas, y Ansermet exclama, como abatido por un irremediable pesar: "Hay muchas tendencias definidas por diversos compositores. Falta uno que abarque todo el vasto panorama actual, resumiéndolo y a la vez abriendo nuevos y definitivos senderos".

La desorganización total de todos los regímenes venidos a menos se refleja íntegramente en las artes de hoy. Así la desorientación artística proviene del fenómeno social y sólo cuando hayamos cambiado de régimen se podrá hablar de una manifestación definida.

En el terreno artístico todos experimentan, hay inquietud intensa, pero nadie logra hacer el gran arte a la manera de Bach, a la manera del "gótico". Es posible que nada de lo actual quede, que haya una subversión total en el sentido del arte. Dice Ansermet: "Probablemente el músico de mañana está en germen, y aún desarrollado pero ignorado, y sólo se singularizará en la historia". Extendiéndonos sobre el momento social, sobre sus reflejos en la cultura universal y sobre las proyecciones de las ideas marxistas, el Maestro ancla la mirada en un mar lejano e infinito, y luego con acento profético exclama: "El comunismo está proyectando su influencia sobre el arte de hoy, anunciando el arte del futuro".

Hacemos luego un balance sobre los valores más prominentes de la actualidad. Schönberg e Hindemith le parecen lo más interesante en la música contemporánea. Cree que es probable que Schönberg se extinga totalmente, mientras que Hindemith, proyección de Bach, perdurará cantando el nuevo vitalismo germano. Tres jóvenes compositores: Markevitch, Nabokoff y Rieti, seguidores de Hindemith, le inspiran confianza augurándoles un lugar muy destacado en el futuro.

Encauzamos la charla hacia la música francesa nuevamente, y es Debussy ahora nuestro blanco. Ansermet cree firmemente que el más grande músico francés es Claude Achille Debussy. Apasionadamente recorre el mapa de toda su producción hasta detenerse en la obra magna de 1902, "El Pelleas et Melisande", dice, "es perfecto, desde cualquier aspecto: musical, armónico y teatralmente. Es la obra cumbre del lenguaje; Debussy ha valorizado musicalmente hasta la última sílaba. Es la única obra en su género que ha salido de Francia. No veo nada, hasta ahora, que tenga la misma fuerza y que estando tan sabiamente construida dé una impresión de espontaneidad tan extraordinaria. Tal vez "Marouf" de Henri Rabaud pueda acercársele, pero desde otro punto de vista: decoración orquestal al servicio de una leyenda de las mil y una noches, maravillosamente orquestada. Después, entre las obras líricas contemporáneas sólo "Wozzeck" de Alban Berg me ha dado una impresión definitiva".

Vicente Huidobro propone hacernos escuchar algunos discos del África, y nos sumergimos en los abismos insondables del color negro, de los cantos desarticulados y grotescamente humanos, de los sollozos tétricos que cuelgan a los ritos funerarios, al són de tambores sombríos. Otro disco nos brinda ritmos puros del corazón del África, ritmos que luego han cruzado los océanos y se han traducido en danzas en el sur de los Estados Unidos de Norte América, entre los náñigos de la isla de Cuba, en los "tamboritos" panameños, en bailes del Brasil.

Después algunos discos araucanos, aquellos que Eduardo Barrios hiciera grabar con tanto acierto, embalsaman el ambiente con ecos de las campañas del sur de Chile. "El canto araucano es el átomo de la música", dice Ansermet. "Es el germen, el nacimiento, el primer canto del hombre. La pureza de los elementos: el ritmo, la melodía, el espíritu, hacen de esa música algo único. No encuentro allí influencias de ninguna raza, ni asiática, ni mongólica.

SEÑORES AUTOMOVILISTAS:

Acudan al

GARAGE AURELIO POZO ROCUANT

Situado en: DELICIAS 1659 -:- TELEFONO 65271

Encontrarán atención esmerada y personal competente.

ABIERTO DIA Y NOCHE

ca, ni negra. Es el nacimiento de la música misma".

Considera que esa música debe dejarse pura, no tocarla, no aderezarla; ha conocido unos ensayos de cierto músico chileno y opina que esa labor es contraproducente. No se debiera destruir la pureza de la música india.

¿Por qué no se han difundido estos discos? Interrogante que nosotros mismos ya habíamos hecho. Sabemos que en una de nuestras Legaciones en Europa se depositaron numerosas colecciones, las que fueron poco o no bien distribuidas. En Chile mismo no se conocen estos discos, o han sido difundidos entre un grupo muy limitado de personas. Muy conveniente sería hacer una nueva emisión, poniéndoles un precio aceptable. Hemos sabido últimamente que se paga 500 pesos por cada disco. Si esto es verdad ¿por qué?

D'HALMAR SE REFIERE AL LIBRO "PALABRAS DE AMOR"

(Viene de la pág. 39)

Perdone si esto va así, nublado como este día de febrero en que le escribo, con el campo extremeño delante y detrás el recuerdo de otros campos que ya ni siquiera sé dónde podría volver a hallar, si en ese allá o en el más allá.

Cuando alguna vez llegue Ud. a pronunciar mi nombre entre amigos, sepan todos cuán en

Ansermet ha sido profundamente impresionado por los cantos de nuestros indios. Piensa que sería interesante escribir música de intervalos. Es decir, línea melódica esencialmente libre, desenvolviéndose pura, en intervalos de cuartas, quintas, segundas, o como fuera. He aquí un campo inédito para nuestros estudiosos.

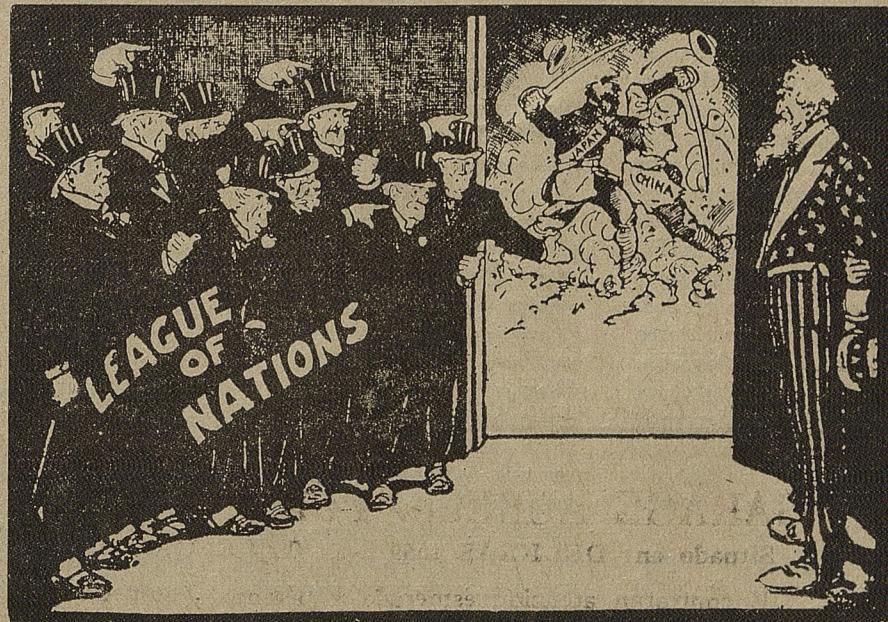
La charla se ensombrece con las brumas de la tarde. Es la hora de retirarse. El Maestro debre regresar a Ginebra. París seguirá su vida cosmopolita; un tren rápido llevará un hombre que acaba de descubrir un tesoro, la música indígena de Chile. Nosotros quedaremos vagando por los bulevares recordando las sabias palabras de ese mismo hombre que, en unas pocas horas, nos ha hecho recorrer el mapa de todas las músicas civilizadas y abierto los ojos del espíritu ante las bellezas del indígena.

Pablo Garrido.

medio de todos estoy, aunque me destierren, siempre que me recuerden. A cada uno de Uds. le hablo como a un yo mismo ya muerto. Me queda, por ahora, su libro, una dedicatoria, un nombre más en el círculo tan vivo de mis afectos.

Augusto D'Halmar.

CARICATURA UNIVERSAL



Tú tienes la culpa.

(De Current History).

leyendo para el lector

LA ULTIMA NOVELA DE BIBLIOTECA LE- TRAS JUZGADA POR EDMOND JALOUX.

Un reciente libro de Edmond Jaloux recopila los artículos que viene escribiendo sobre autores ingleses. "En el País de la Novela" se titula, y allí hemos encontrado este sutil análisis de "Leyenda de Madala Grey" que acabamos de incluir en las ediciones de nuestra "Biblioteca Letras".

LA LEYENDA DE MADALA GREY

"Aún no se conoce en Francia a Clemencia Dane, quien ha tenido, en Inglaterra, un grande éxito con "La Leyenda de Madala Grey". Efectivamente, es una hermosa novela. *Leyenda* tiene, en efecto, la originalidad de presentar una forma de composición absolutamente nueva. No creo que se haya escrito jamás una novela de este tipo, aunque se vean aparecer vedadamente sus orígenes. Fíguráos la biografía imaginaria, la biografía novelesca de una inglesa de letras; pero imagináos que esta biografía, en lugar de ser contada por el narrador, pausadamente, tranquilamente desde el comienzo hasta el fin se nos ofrezca, en el curso de una conversación entre cinco o seis personas que se interrumpen mutuamente, desde el momento en que están en desacuerdo, y agregad a esto que la biografía atormentada fué

hecha en la noche que siguió a la muerte de esa mujer de letras. Esta conversación está agitada por la angustia, la inquietud, la pena. Las personas que hablan son artistas, intelectuales, que han sido los íntimos de Madala Grey, la escritora que acaba de morir.

"Pero unido a su pena están la vanidad, los celos, la envidia, el deseo de explotar su memoria. Las diversas interpretaciones de una vida humana, se desprenden poco a poco, lentamente, trágicamente en medio de un halo en ese caos de opiniones opuestas, de contradicciones y de correcciones mal comprendidas. Cada uno de los interlocutores aparece con su naturaleza profunda, deja escapar su secreto, dando la interpretación personal del carácter de Madala Grey. Una extraordinaria nerviosidad, una inquietud general se apoderan progresivamente de estos seres, y a través de sus sentimientos diversos y de una palabra incierta se ve surgir, poco a poco, una leyenda, la idea que sobrevivirá a la existencia de Madala Grey, el mito que nacerá de un actor y de una obra. El libro entero no tiene otro tema que esta conversación que pasa en el curso de una noche. El espacio de tiempo que comprende es, pues, más corto que la primera parte de "El Idiota", que forma en sí ya una novela y que transcurre en el espacio de un día

y de una noche. Al terminar la velada, Clemencia Dane deja vislumbrar entre dos de los personajes la reducción de una posible novela; pero es porque necesitaba encontrar un fin a "*Leyenda*".

"Esta obra violenta, nerviosa, sin paz; esta obra extraviada, frenética os hace vivir en una especie de enfermedad y de turbación; y, sin embargo, a través de ese malestar y esa confusión, se divisan algunas de las leyes del espíritu, algunas de las leyes de la vida. No niego que haya aquí y allá repeticiones, vacilaciones a veces penosas; pero con un tema de esta clase hubiese sido imposible evitar estos defectos. Es preciso leer el libro de una tirada, aceptando el extraviarse por momentos en medio de ese dédalo de opiniones; sólo así se obtiene la emoción total que encierra esta extraña historia. Bajo su forma arbitraria vemos desprenderse mejor la vida, como se desprende en cada uno de nosotros, pues nunca podremos concebir un fenómeno en sí. Por lo tanto, a través de mil interpretaciones e incertidumbres, lo realizamos en nuestro espíritu. Esta Madala Grey, la conocemos como las personas que nosotros conocemos, por los mismos medios, con las mismas facultades de investigación. En ningún momento está del todo presente y tenemos justamente en nuestro espíritu una leyenda, como nosotros mismos vivimos

en estado legendario, en la mente de quienes nos conocen, aún íntimamente, y así como tenemos en la mente cientos de leyendas que forman nuestra opinión de los que creemos conocer más o menos y de los cuales sólo tenemos una interpretación medio errónea de sus acciones y de su carácter.

"Los orígenes de la novela de Clemencia Dane, si bien se considera, están en la obra de Browning, de Meredith, de Henry Samer, aunque a decir verdad no se precisa su influencia personal en ningún momento. Roberto Browning ha escrito un gran poema "El Libro y el Anillo", que está compuesto de seis monólogos poéticos, alrededor de los cuales diecisésis personas diferentes cuentan lo que saben de una causa criminal que se ha desarrollado en Italia, durante el Renacimiento; cada quien expone el drama a su manera, con su interpretación peculiar y el último monólogo, el del Papa, quien quiere establecer la verdad, es, también, una nueva interpretación. Otro poema de Browning, "Pippa pasa", es el relato de las diferentes reacciones de una niñita que baja a la calle, cantando y despertada a seis personas reunidas en parejas, en actos amorosos. No pude dejar de ver en estos importantes poemas de Browning el origen de las reflexiones estéticas, que han llevado a Clemencia Dane a escribir "La Leyenda de Madala Grey".

"Me parece también que ciertas novelas de Meredith, como "El Egoísta", la opinión de los demás, la necesidad de ayudarse a formar su propia leyenda, por ejemplo, obligan a Sir Willoughby Patterne a modificar asimismo su propia conducta y a aceptar a la idea que él sabe

que los otros tienen de él. En fin, varios novelistas de Henry Tames, están basadas en la idea de que no sabemos jamás nada de la vida de otro y que una verdadera novela debe ser el relato de una aventura hecha por un testigo cualquiera, quien se ayudará de su intuición en momentos difíciles, y no por esa especie de Dios que está al corriente de todo, que sabe todo, que ve todo, que está en todas partes y que domina su tema como ningún hombre ha dominado nunca la vida de otro ser. La originalidad de Clemencia Dane no deja de ser grande; pero en fin, por muy nuevo y curioso que sea un libro, es, sin embargo, interesante el buscar el origen y tratar de entrever su fuente de inspiración.

Edmond Jaloux.

(Traducción de N. Pinalla.)

CUENTOS DE MI TIO VENTURA, por Ernesto Montenegro. — Empresa Letras.

▲

Cuántos años hace que nos dimos la mano por primera vez en aquella jubilosa época de juventud adolescente? Acaso veinticinco años, o poco más. Entre las muchas herencias que me dejara Augusto Thompson, se encontraba también la amistad de este poeta de cerebro firme, de cuerda broncínea, saturado, sin embargo, de util melancolía y de claras añoranzas.

Tal es, al menos, la silueta intelectual que predomina en el destenido telón de mis recuerdos. Lo veo llegar hasta el cuarto de mi bohemia, (bohemia decente, limpia, hay que decirlo), con su pálido rostro moreno, transfigurado por un resplandor de entusiasmos y proyectos. Junto a una humeante taza de

café, en las mañanas invernales, leía engarabados boradores de artículos y poemas; luego, tal como había llegado, se marchaba, y en mi cuarto, o en mi ánimo, quedaba una impresión de signo cabalístico, de espíritu luminoso que lucha contra las tinieblas. Había como una inconfesada pesadumbre bajo el perfil de medallón de su rostro bronzeado, palpitaba un balbuceo titubeante en su voz hecha para arengas líricas; era una voz que se quebraba adrede para no herir, que tanteaba, auscultaba, y luego, ya segura, enseñoreaba con vibraciones metálicas.

No podré olvidar mientras viva un episodio fugaz que ha dejado en mi espíritu la impresión de un sueño.

Había desaparecido de la capital Ernesto Montenegro, en una de esas fugas periódicas que ya a nadie extrañaban y que suponíamos enderezadas a bañarse en las vigorizantes y limpias aguas de la ternura familiar, allá en sus provincianos lares de San Felipe. Un día de fiesta, caminando yo en compañía de otras personas, por los campos del valle de Santiago, me llamó la atención, frente a un rancho situado a la vera del camino, un grupo de jinetes rusticanos arremolinados en típica refriega de toreaduras y libaciones, junto al varón delantero que existe habitualmente en los patios de nuestras casas de campo. Cerca de allí, apoyado en un pirca de piedra, contemplaba distraídamente esta misma escena un mozo poblano vestido con traje oscuro. Era Ernesto Montenegro, pero un Montenegro estropiado, empalidecido, como si las caminatas y las fatigas le hubieran dado un matiz popular. Iluminósenos la cara al ver-

lo, avanzamos algunos pasos para estrecharle la mano; pero, con gran sorpresa, vimos que el mozo moreno nos miraba de frente, distraído, sin vernos, volvía la espalda, y con pasos titubeantes inconfundibles, se dirigía a la vivienda hasta perderse en la boca negra de la puerta desvencijada.

¿Qué había ocurrido? ¿Era Montenegro, o su doble, el personaje entrevistado? ¿Acaso, ensimismado en hondos pensamientos, nos miró sin reconocernos? Si era en realidad Montenegro, ¿qué hacía entre esas gentes extrañas? Se dedicaba el escritor, en sus vagancias, a estudiar costumbres populares, conviviendo con sus tipos de observación?

Nunca hemos tenido oportunidad de descifrar aquel enigma, talvez porque la vida nos llevara más tarde por distintos caminos, o porque nos asaltara el temor de que este suceso perteneciera a la categoría de las alucinaciones. Sólo ahora, al leer los "Cuentos de mi tío Ventura", casi nos atrevemos a asegurar que la escena descrita ha sido realidad; ella vendría a explicarnos la penetración justa de la psicología y del ambiente populares adquiridos por Montenegro en sus errancias por los campos chilenos.

Pocas veces se ha pintado en nuestra literatura el ambiente familiar provinciano como en la introducción de los "Cuentos de mi tío Ventura". Ese viejo de pura cepa criolla, fantaseador y romancero, crédulo y querendón, rodeado de su parvada de sobrinos, nietos, es como uno de esos árboles nudosos que se conservan en los patios de caserones coloniales que testimonian la eglógica vida de nuestros antepasados. La figura del tío Ventura,

tan finamente evocada, es una creación y sería aún mayor, si viniera encuadrada en la arquitectura de una novela de costumbres; viéndola surgir, neta y vívida, en su ambiente exactamente observado, nos preguntamos por qué Ernesto Montenegro no se dedicó antes a ese género de trabajos literarios. Cada historie-

minúsculas páginas de la biblioteca Calleja, quizás por eso mismo, adquieren un sabor nuevo al pasar por los labios del ladino tío abuelo, tan confianzudo con sus personajes, tan llano y socarrón!... De este modo, si el asunto es conocido, el arte de Ernesto Montenegro les ha dado una originalidad, que



Ernesto Montenegro

ta de la vida de tío Ventura, tiene un sabor de mosto guardado en tinajas de greda, de ese mosto que, lejos de amilanar la naturaleza de nuestros viejos, puso en sus mejillas arreboles de salud y conservó sus arrugas hasta completar la centena.

Los cuentos del tío Ventura recopilados, a pesar de haberse hecho populares en narraciones orales y hasta en las

dista muy poco de la completa creación.

Tan admirable nos parece la transcripción de estos cuentos por boca del tío Ventura, que nos sugiere la idea de que bajo esa forma, no sería difícil hacerlos penetrar a la mentalidad de niños y adultos de los campos. Y este es un problema de no escasa importancia; se escribe demasiado para toda clase de perso-

nas cultivadas, pero nada para los que son poco menos que analfabetos, mentalidades primitivas o ingenuas, salidas de la escuela rural con el aprendizaje de la lectura, pero sin ninguna afición por ella, fardo inútil, lujo sin objetivo, que a poco comienza a hacer su camino hacia el rincón de los trastos en desuso.

No bastan maravillosos relatos de príncipes y princesas, escritos en correcto lenguaje literario. Ellos necesitan del calor de la voz familiar, de los modismos y solemnos populares, para penetrar en la médula de los espíritus infantiles o rústicos. Sería obra piadosa multiplicar narraciones como los "Cuentos del tío Ventura", adecuados a la mentalidad popular, extraídos de la raíz de su propia alma, recogidos en la clara fuente folklórica, de modo que sin esfuerzo sirvieran de anzuelo espiritual para atraer al pueblo hacia la literatura. Pancho Falcato o Joaquín Murieta, la Historia de Carlomagno o Genoveva de Brabante, Martín Fierro o Manuel Rodríguez, constituyen un eslabón precioso entre el balbuceo literario y la afición amplia por los libros, maravillosa escuela de caracteres.

Si no fuera por alguno que otro cuentecillo como aquél de "Si Dios quiere darme, ya sabe adónde", — cuya moral no es del todo edificante, — sería posible recomendar los "Cuentos del tío Ventura" como libro complementario para los niños de escuelas rurales, con la seguridad de que atraerían más fieles para el culto de la lectura que gran parte de las historietas desabridas, sin arte, pretensiosos, pedantescos, de que están nutritos los libros para nuestros escolares.

Los pedagogos olvidan ge-

neralmente que no sólo es necesario enseñar a leer, sino también enseñar a amar la lectura. De otro modo se corre el riesgo de que todos los desvelos gastados en sacar a nuestro pueblo del analfabetismo, sea un trabajo sin consecuencias útiles.

Es la ingenuidad del pueblo, la divina inocencia de la niñez, la que balbucea en estas narraciones del tío Ventura, libadas en cáliz de flores agrestes. Tal es, por ejemplo, la impresión que dejan cuentos como "Por una docena de huevos duros".

Hay otros, como "Un bien con un mal se paga", que des ti la n espontáneamente amargura de mundo, tristeza de vivir, experiencia que van recogiendo sobre la tierra los que nacieron con el alma blanca y se le fué poco a poco tornando negra.

Pero todos estos cuentos son miel de montaña, perfume de tierra nuestra, pensar balbuciente de pueblo nuevo. Ha sido necesaria la sabiduría en literaturas refinadas que posee Ernesto Montenegro, para apreciar en todo su valor la candorosidad encantadora de las visiones y ensueños populares expresadas con la fuerza magnética del lenguaje niño. En ese sentido nos parece muy superior a coleccionistas folklóricos, muy sabios, por cierto, como don Ramón Laval y Vicuña Cifuentes.

Fernando Santiván.

IMAGENES DE CHILE, por Mariano Picón-Salas y Guillermo Feliú Cruz.

Un apretado volumen de más de 300 páginas. Fragmentos de libros de viaje, de descripciones sabrosas, de estampas reproducidas de antiguos y olvidados artistas. Una especie de museo de nuestras antigüedades, seleccionado con evidente buen gusto y un gran sentido de lo pintoresco, como para engolosinar al lector niño para que siga buscando por su cuenta en los libros que se citan y en los abundantísimos que enrola la bibliografía.

Libro de lectura colateral para la enseñanza de la historia y de la lengua, éste de Mariano Picón Salas y Guillermo Feliú Cruz inicia una serie que debería continuarse abundantemente para vivificar la enseñanza y colocar a los alumnos en contacto más directo con la realidad de los tiempos pretéritos.

Y los que hemos dejado hace tiempo las aulas, pero que continuamos preocupados de las cosas del espíritu y del arte nacional, nos regocijamos con sus páginas y deseamos que ellas sean leídas por todos aquellos que intentan ahondar en la historia de nuestra raza.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

NUESTROS COLABORADORES

Guido Ravina. — Valparaíso. — Opinamos que trabajos como su "Cuadro porteño", mejor debiera hacerlos en prosa porque en verso no le resultan. Las ilustraciones, según la opinión de nuestro dibujante, no merecen todavía las páginas de nuestra revista. Tenga paciencia ni se decorazone, envíenos siempre algo que nosotros le daremos nuestra sincera orientación.

Sr. Luis Espinoza Aliaga. — Santiago. — Su soneto aunque tiene imágenes bonitas, está mal rimado. En algunas partes cojea por falta de ese ritmo natural y hermoso que en el verso clásico es indispensable. Hacer sonetos es arte harto difícil. Pocos han sido los poetas que han hecho sonetos impecables. Si se mete Ud. a escribir verso clásico tiene que ajustarse a las reglas estrictas de la métrica.

Sr. Victoriano Lillo. — Valparaíso. — Su colaboración será publicada en el número 15 de nuestra revista. Tenga paciencia.

Sr. H. B.—Los Andes. — Hemos recibido su gotario azul. Mándenos más gotas para poder escoger unas cuantas y darles cabida en las próximas publicaciones. Entre las que nos mandó esta vez, hay algunas buenas y otras que son únicamente puras palabras.

Sr. Jolo Gabel. — Tocopilla. — Con mucho gusto insertamos su poema "Ansiedad sin rumbo" en el presente número de "Lecturas".

¿...?

La distancia crea lo desconocido,
lo desconocido
la nostalgia por lo vago.

Y te presento,
porque tenías esa actitud
ante de conocerte.

Campanas de adioses eran
las palabras en el puerto
y me aferré a esos recuerdos.

Ya será lo fugaz
lo que venga a cantarme
en las ventanas del futuro.

William Wee.

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1051 - SANTIAGO.

VOZ CONOCIDA

Estoy frente al rojizo velamen de la tarde,
bebiendo la cicuta de mi melancolía,
pues siento que en los pliegues recónditos del aire
se pasean los ecos de una voz conocida...

Esa voz que me llena de humedad las pupilas,
y penetra hasta el fondo de mi frágil arcilla,
abrió brecha en la niebla que ahogaba mis días
y fecundó de rosas el erial de mi vida...

Esa voz de mujer santificó mis horas
y refrescó los surcos resecos de mi alma
con el fresco y continuo raudal de su alegría...

Y por eso hoy que siento golpetear su recuerdo,
mientras vierte su encanto la tarde campesina,
yo bebo la cicuta de mi melancolía...

Erasmo Bernales G.

ANSIEDAD SIN RUMBO

Esta noche se ha hecho toda una canción,
para cantarla en las lejanías del alma
vagando como dos seres diminutos
por sobre los surcos de sangre
de nuestro corazón.

La música errante y lejana
trae un morir de sollozos
en las cuerdas blancas del viento azul
y asómanse como princesas
con ojos tibios de lágrimas
las ilusiones aromadas de juventud.

¡Cómo sentirse blando como el agua!
para doblegar la carne
y echarla a correr por los caminos del alba
para que se haga más pura y vuelva más blanca
y transformar la Muerte en música de la materia
y la música nos acompañe por la desierta vía
trazada por la Noche con senderos luminosos
que van hacia su gran lámpara azul.

Volar como pompas de jabón
reflejando el paisaje triste del mundo
y hundirse en el silencio, olvidarse de todo
ahora que la noche es toda una canción.

Jolo Gabel.

